REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII | San José, Costa Rica **1936** Sábado 18 de Julio | Núm. 3

Año XVIII — No. 763

SUMARIO

El viaje del alma

Enigma

Por AZORIN

= Envío de *Max Jiménez*, con una madera. Costa Rica y julio de 1936 =

El señor obispo se levantó antes del amanecer. Dijo su misa y se retiró un momento a orar. Poco después entraba en su recámara y tenía entre las manos una sotanilla vieja. Lo desastrado y misero de esta sotana no se puede pintar. Raída, hecha casi jirones, allí la tenía entre sus manos el señor obispo. Había también en la estancia unos zapatos rotos. Lentamente su ilustrísima se despojó de los ricos atavíos episcopales y se vistió la deslucida sotana. Luego se calzó los rotos zapatos. Reinaba en el palacio un silencio profundo. El día se anunciaba con la tenue claridad del alba. El obispo, vestido desastradamente, era otro. Los primeros resplandores de la aurora fulgieron en el horizonte. "Lux ecce surgit aurea". Como en el himno del Breviario Romano, surgía áurea la luz. La sacra poesía continúa en la traducción de Zorazabal.

Traiga serenidad esta luz pura;
Préstenos la pureza que respira.
Nada hablemos con visos de mentira,
Ni pensemos jamás en cosa oscura.

El señor obispo permaneció silencioso, inmóvil en la estancia. No se decidía a moverse. La luz limpia de la mañana prometía un día radiante. La luz había de traer serenidad al espíritu. ¿Estaba limpio y sereno el espíritu del señor obispo? ¿Sería decisiva la prueba que iba a intentar? No sabemos lo que un nuevo día puede traer a nuestra vida. No lo sabía el señor obispo. Al levantarse por la mañana había hecho propósito de sondear su propia alma. No era él, sino su propia alma la que iba a emprender el viaje. Este viaje del alma sería decisivo para su ilustrísima. Nuestra alma es para nosotros el más grande de los enigmas. Creemos conocerla en todos sus recovecos y de pronto quedamos sorprendidos ante un misterio que en el fondo del espíritu se nos revela. El obispo continuaba inmóvil con un librito de rezos entre las manos. Ya el rosicler de la aurora — carmín, nácar y oro—esplendía en el cielo. Era la hora de partir. Lo tenía decidido el obispo. Pero ¿partiría de veras? Ataviado miserablemente, era el más pobre y lacerado de todos los clérigos que de él dependían. ¿Cómo tornaría el alma de su viaje? Hagamos propósito, al anunciarse la mañana, de ser a lo largo de todo el día tan limpios como la limpia luz. No pensemos, como se nos recomienda en el himno sacro, en cosas oscuras. Y sin embargo, allí en la soledad de la estancia, apartado de todos sus familiares, a solas consigo mismo, un minuto antes de emprender el viaje —el viaje del alma—, el señor obispo dudaba. Acaso tenía miedo de sí mismo. El hombre antiguo e impuro, ¿había desaparecido totalmente en él? ¿Era él otro hombre? ¿Había domado todas las pasiones?

El señor obispo comenzó a caminar y después de recorrer unos pasillos se encontró ante una puertecita. La abrió y traspuso sus umbrales. Aguardaba ya en la calle un carro tirado por una mula. Las calles de la ciudad estaban todavía desiertas. Nadie, ni en palacio ni en la ciudad, tenía noticia de su marcha. Nadie le hubiera reconocido en los míseros arreos con que estaba disfrazado. El día era claro y puro. El camino se extendía unas veces a lo largo del mar y otras bordeando espesos bosques. El mar, azul, límpido, reverberaba bajo el vivo sol. El alma del señor obispo ansiaba en estos momentos ser tan cristalina como la mañana. Todo era presente y nada era pasado. Lo afirmaba en su interior el señor obispo. Y al afirmarlo surgían también del fondo de su alma unos fulgores tenues de duda que le desazonaban. Mediada la mañana, el señor obispo mandó parar el carro. Bajó un momento y se acercó al mar. Un tropel de recuerdos afluía su memoria. Se hallaba su ilustrísima sobre una roca eminente. Abajo, en un recodo de la costa, se hacía un quieto remanso. Esplendía en toda su inmensidad el mar y aquí en la penumbra que formaban los cóncavos discos, el agua cobraba tonalidades suaves de verde, de morado y de azul. En lo alto, asomada al acantilado, una higuera extendía sus anchas y frescas hojas. Dejó la contemplación del mar el obispo y cruzó el camino para volver al otro lado. En el otro lado se veía un bosque de olivos. La plata oxidada de sus follajes resaltaba sobre el ocre del terruño. Ante un olivo, de espaldas, cortando poco a poco las ramas superfluas, se hallaba un labrador. Había llegado el momento decisivo. El obispo se acercó a él y lo tocó ligeramente. Volvióse el labrador, miró al obispo y éste lentamente le dijo:

—¡Yo he sido Papa!

El labrador abrió tamaños los ojos y estuvo mirando un momento absorto al mísero clérigo. Luego movió la cabeza de un lado para otro, y poniéndole la mano en el hombro al obispo le señaló silenciosamente con la otra mano el camino. Volvióse



Madera de *Max Jiménez*

después hacia el olivo y continuó podando las inútiles ramas. El obispo, con la cabeza baja tornóse al carro.

El viaje prosiguió. Horas después llegaba su ilustrísima a un pueblecito. Todo era elemental y rústico en el pueblo. La hora meridiana había sonado. El viaje había despertado vehemente apetito en su ilustrísima. Vió el obispo una puerta abierta y penetró en la casa. La familia se hallaba comiendo. La estancia era ancha y blanca. Sobre blanca mesa de pino reposaban las viandas. Al acercarse su ilustrísima, se levantó de la mesa un hombre alto y fuerte. El señor obispo, con la misma lentitud de antes, dijo:

—¡Yo he sido Papa!

Todos experimentaron un profundo asombro. ¿Cómo este mísero clérigo, tan desastrado y roto, osaba decir que él había sido Papa? Al fin, el hombre, empujándole suavemente, le hizo sentar a la mesa. Y una mujer exclamó, mirándole, en tanto que con el índice hacía ademán de barrenarse la sien: "¡Pobrecito!" El señor obispo comenzaba a estar un poco inquieto. No esperaba él este resultado. ¿De qué modo iba a volver de su viaje el alma? Caminaba a pie, seguido del carro, por las calles del pueblo. En el zaguán de una casa se oía el traqueteo rítmico de un telar. Penetró en el zaguán el obispo. Había allí, puesto el pie en la premidera, un tejedor que mientras tejía canturreaba una canción popular. El obispo acercándose al tejedor, exclamó:

—¡Yo he sido Papa!

Le miró el tejedor un momento y luego reanudó su canción. No dijo nada. Al marcharse el obispo el tejedor decía para sí: "¡Está loco!" La tarde mediaba. Estaba abierta una iglesia. Sentía su ilustrísima deseos de recogerse sobre sí mismo. Y al propio tiempo le causaba terror el sondear en el silencio, en la soledad, en lo sagrado del recinto, su propia alma. La iglesia se hallaba desierta. En la sacristía comenzaban a reinar las sombras. La luz de la tarde declinante penetraba por una alta ventana enrejada. Se respiraba un vago y grato olor de incienso. En un espejo colgado sobre la cajonería se reflejaban los expirantes fulgores de la tarde. El señor obispo penetró en la sacristía. Allá lejos, sentado en un sillón, estaba un sacerdote anciano. Sonaron los pasos del obispo y el anciano miró hacia la puerta. En la penumbra se erguía la figura de su ilustrísima. El anciano, al ver al pobre clérigo, se puso repentinamente en pie. Su actitud fué primero de asombro y luego de respeto. Avanzaba el obispo hacia el sacerdote y se inclinaba el sacerdote con un movimiento de profunda sumisión. El obispo exclamó:

—¡Yo he sido Papa!

Dudó un momento el anciano. En este breve espacio, en la mente del sacerdote se produjo un penoso conflicto. Fué a decir algo y se contuvo. Se contuvo y sintió ansias luego de decir lo que primitivamente quería expresar. Al fin, sonriendo bondadosamente, como quien condesciende con un capricho pueril prorrumpió:

—¡Sí, sí! ¡Ya lo sé! ¡Es cierto!

El obispo abandonó la iglesia. En su rincón de la sacristía, el anciano sacerdote pensaba: "¿Y qué hubiera ganado yo con decir la verdad? Lo he conocido desde que apareció en la puerta. No podía yo decirle que él no ha sido Papa. En Peñíscola no fué Papa. Elegido por dos o tres cardenales refugiados en Peñíscola, no podía ser Papa. Sucesor de Pedro Luna, años atrás, en 1424, no podía ser Papa Gil Sánchez Muñoz. Durante seis años creyo ser Papa y no lo fué. El Papa verdadero, Martino V, le nombró después obispo de Mallorca. ¿Y por qué el obispo de Mallorca, nuestro obispo, se viste ahora con ropas andrajosas y dice que ha sido Papa? ¿Es para suscitar la irrisión de las gentes? ¿Y es que busca con este escarnio una humillación, una profunda humillación, que limpie de ruindades su alma? ¿O habrá acaso en el fondo una voluptuosa complacencia?

En tanto el obispo de regreso por el camino que corre junto al mar, contemplaba el resplandor último del día sobre la inmensa llanada

Madrid, mayo de 1926.

Ejecutoria de los asesinos

Por JOSE CARNER

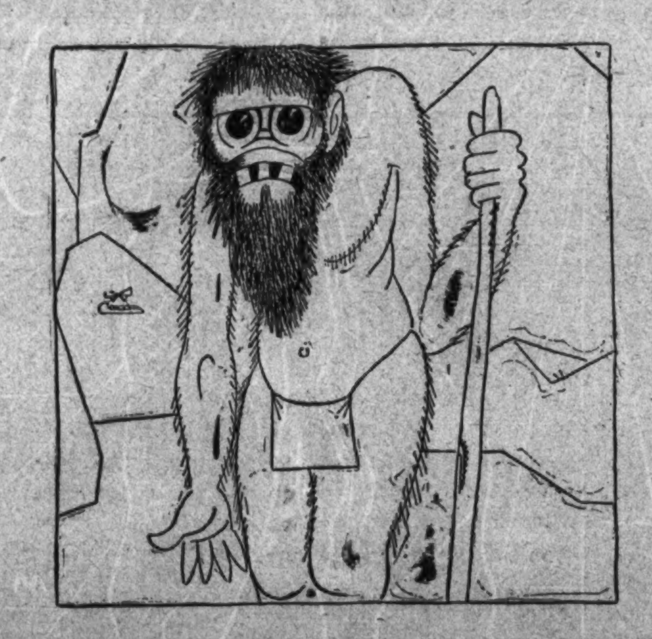
= De *El Sol*, Madrid =

Aun no cumplido merecedor del noble título de anciano, ya he asistido a bien diversas formas de asesinato ritual que en el campo de mi experiencia se han ido sucediendo. Vi a quienes mataban para que adviniese la felicidad de los hombres, a la que se juzgaba atracanda por la autoridad y la ley o por sus actuales modalidades (anarquismo y nihilismo); siquiera en Asia seguían asesinando en nombre de la religión, una secta china, los hindúes y musulmanes del Indostán, etc.; me he enterado de cómo los pistoleros instaban la redistribución de la riqueza, aunque, no exclusivos, se dejaban a veces alquilar para otros menesteres, y he asistido a inmolaciones necesarias en dictaduras eslavas para asegurar la unanimidad de la nación, mientras los "gangsters" americanos, nada ajenos a la política, empleaban procedimientos parecidos para gozar sin trabas del triple negocio del juego, el alcohol y la prostitución. Y no hablo de las guerras porque a pesar de algunas concomitancias formales con el asesinato, no son propiamente evolución de éste, sino de las pedradas interaldeanas.

Todo crimen es, entre otras lindezas, sórdido; pero estos asesinatos modernos ni por entereza ni por graduación cínica pueden compararse con los atentados de los flachichinos (de donde viene asesinos), así llamados porque se dice que con la droga famosa del cáñamo eran excitados los sicarios del Viejo de la Montaña, que durante dos siglos horrorizaron al mundo, cobrando tributo por procedimientos inapelables en una especie de imperio que llegó a extenderse desde El Cairo hasta Samarcanda. Había en el cuartel general en Alamut ("nido de águila") una puerta con esta inscripción: "Amparado por Dios, el Señor del Mundo quiebra las cadenas de la ley. Salud a su nombre". Pero esta frase es ambigua. Casi sabe a teología paulina. Y es que en Oriente hasta los atajos dan rodeos para despistar. El pensamiento básico de Hassan Ibn Sabaj era harto sencillo: "Nada es cierto y todo está permitido". Todo devastado: no queda sino el vértigo. Si no hay más que casualidad y ciego antojo en los cielos rectores y en el corazón del hombre, ¿quién volverá a dormir con sosiego, a andar por veredas sin recelo, a recobrarse en altas hogueras y serenidades incompatibles con lo villano? Pero tal negación, extremo límite de lo inhumano, tiene su grandeza, aunque sólo abismal. Después de este descuaje aun del prejuicio, aun de la hipótesis (utilizado sólo, de consuno con los efectos de una droga y unos cuchillos curvos, para un sistema eficaz de recaudación), queda bien hincado en nuestra mente que el crimen como carrera sólo puede ser completo y convincente mediante la abdicación total de la inteligencia. Estupidez, y todavía amodorrada con estupefacientes. La más profunda dimisión humana.

No lo olvidemos en un momento en que la República, con sus propósitos congeniales de pábulo de la inteligencia, dignificación civil y justicia social, se halla sin más forma de contradicción que las acometidas de la delincuencia del cultivo monstruoso de los sobresaltos.

Tierra de Caínes, por Bagaría



Caín.—Si en vez de matar yo a mi hermano, es Abel quien me mata a mí..., ¡qué aburrido hubiera resultado el planeta!

Sobre el fracaso de la Sociedad de Naciones

Por SALVADOR DE MARADIAGA

= De *Ahora*. Madrid, 29 de mayo de 1936 =

Comentan el fracaso de la Sociedad de Naciones, y creen en el, numerosas categorías de sujetos. Es curioso intentar un esbozo de inventario de ellos, aunque no sea más que como ejercicio de psicología colectiva.

Vienen primero los que de instinto se oponen a toda construcción. Hijos del desierto, nostálgicos de la arena, para ellos la menor estructura que alce medio palmo sobre la nada de lo inorgánico es casi un insulto personal. Reconoceréis a esta categoría de escépticos de la Sociedad de Naciones en que hoy exultan. Porque, al fin y al cabo, si es verdad que la Sociedad de Naciones ha sufrido terrible derrota en los sucesos recientes, no parece que ello sea buena base para regocijo de seres civilizados o civilizables o que, al menos, lleven en sí, como en potencia, un deseo inconsciente de civilización. Y, sin embargo, los hay que, a la vista del derecho hollado y de la invasión triunfante, triunfan en sí mismos. Esta especie de escepticismo sólo se explica por la inquina que todo espíritu estéril y en esencia bárbaro (no digo salvaje; el salvaje es un precivilizado, no un incivilizable), en esencia bárbaro, profesa a todo lo que tienda a la civilización, es decir, a una organización superior.

Vienen en segundo lugar los que nunca creyeron en la Sociedad de Naciones. Son los pesimistas. Los que "ya verá usted que todo termina en que subirá el vino". Para los tales, el hombre es una criatura esencialmente mala, y es puro perder el tiempo obstinarse en mejorar lo que Dios o el Diablo han hecho radicalmente malo. Zona en la que no se da la fe en el esfuerzo hacia un plano más alto, zona que cierra el porvenir del hombre a toda posibilidad. Estos son los que guiñan un ojo cuando se les habla de que tal o cual potencia va a hacer tal o cual cosa que no sea estrictamente egoísta, avara, engañosa, o cruel. Los que le recuerdan a usted lo de la pérfida Albión y conocen al dedillo las páginas más sombrías y malolientes de la Historia. Para ellos, la creación de la Sociedad de Naciones fué una monstruosa demostración de la hipocresía humana. La coexistencia en el hombre y en las naciones de tendencias buenas y malas, es decir, de tendencias creadoras y organizadoras y de tendencias destructoras y anárquicas, con el complicadísimo juego de luchas y equilibrios que tal coexistencia produce; las alternativas de actos positivos, negativos y neutros a que llevan a la humanidad; toda esta riquísima flora psicológica de que vivimos, que es la vida, les es inasequible. Son pesimistas. Es decir, llevan sobre los ojos del alma unas gafas oscuras que no les permiten ver más que lo negro. Al producirse la crisis actual del intento más alto y heroico que hasta ahora han visto los siglos para elevar a la humanidad por encima de sí misma, los escépticos de gafas negras se han sonreído con sardónica sonrisa. Sólo se ha visto la sonrisa en sus labios descarnados, porque la de sus ojos queda oculta bajo los negros cristales.



¿En cuál peldaño?

Madera de *Emilia Prieto*

En tercer lugar figuran los "totorresistas" (de "tot-o-res", todo o nada, en lengua de Cataluña, donde el tipo se da con simpática y abrumadora abundancia). Estos no son faltos de fe ni de entusiasmo; antes padecen del exceso contrario y suben rápidamente a la ebullición de las esperanzas máximas. Irrealistas más que idealistas, ilusionados más que convencidos, los totorresistas saludaron la aparición de la Sociedad de Naciones como una nueva era histórica, "ya plenamente realizada". Desde el momento que había en Ginebra algo, de cuya estructura no estaban muy seguros; pero, en fin, algo que representaba el orden y la justicia entre las naciones, ya estaba todo resuelto, y el mundo iba a funcionar para siempre en completa paz y tranquilidad. Además, no se iban a aceptar medias tintas ni transacciones. Se trataba de algo perfecto, absoluto y definitivo. El pasado había muerto para siempre. La fuerza no iba ya a servir más que para lamer humildemente los pies desnudos de la justicia. Todo iba a ir lo mejor del mundo en el mejor de los mundos.

Y cuando vino el primer fracaso fuerte, los totorresistas se pasaron del "tot" al "res". Porque los totorresistas no admiten situaciones intermedias. Si la Sociedad de Naciones no sirve para asegurar inmediatamente toda la justicia en todas las circunstancias, no sirve para nada. "Está visto que era inútil". "¿Para qué vamos a perder el tiempo en pasteleos?" "Aquí de lo que se trata es de abrocharse, porque todos, unos caballeros, y la capa no parece". Y por este camino pedregoso de los desengaños del iluso, el escuadrón de los totorresistas se va a engrosar las filas de los escépticos pesimistas y las de los bereberes del Desierto, a quienes ofende la civilización.

Pero es evidente que ninguna de estas tres categorías de personas constituyen buena materia prima para fundar, perseverar y triunfar, que son los tres deberes del hombre. En primer lugar, es menester desear que la vida colectiva vaya siempre ensanchando sus límites: de la tribu a la ciudad, de la ciudad a la nación, de la nación a la humanidad organizada o república universal, y, por tanto, una vez que se tiene esta visión y este deseo, se comprende que la Sociedad de Naciones, tal y como surge en la Historia por vez primera en 1920, es el primer esbozo de un Estado universal que todos los hombres sensatos tienen el deber de proteger y de cuidar, como se protege y cuida una planta recién plantada. Desde este punto de vista, para nada nos sirven los bereberes del Desierto, para quienes no hay mayor placer que el de poner el pie sobre la flor que nace.

En segundo lugar, es menester darse cuenta de la complejidad de la naturaleza humana. De que ni los muy malos son del todo malos ni los muy buenos son del todo buenos. De que las naciones que constituyen la Sociedad son hijas de un pasado histórico y psicológico, cuyo arrastre las encadena a ciertas prácticas y costumbres. Que, por consiguiente, las prácticas y costumbres a que obliga la Sociedad de Naciones, sin estar fuera de la naturaleza humana, vienen a insertarse en un conjunto psicológico hostil y necesitarán de tiempo y sacrificio para adquirir fuerza. Que, como lo prueba la aplicación de sanciones a Italia durante este pasado invierno por naciones terceras, sin otro interés directo en el conflicto que el de mantener el derecho y hacer honor a sus compromisos, el arraigo de las nuevas prácticas en el brevísimo espacio de dieciséis años no ha sido despreciable. Y que, por lo tanto, no hay que cerrar la puerta a la esperanza de un progreso mayor.

Y, finalmente, los totorresistas deben pensar que, como dijo el clásico aragonés, "no es la tierra el centro de las almas"; que, por lo tanto, la perfección no es de este mundo, y que, aun en las esperanzas de los más optimistas, aun cuando la Sociedad de Naciones llegue a extender su ley por todo el universo y a hacerse respetar de modo universal, siem-

pre habrá medias tintas, siempre habrá fracasos, siempre será posible que—al menos, de cuando en cuando—triunfe el que no debiera triunfar y quede hollado el derecho y expoliado el inocente. Con lo cual no quiere decir que haya que abolir el Estado porque a veces fracasa la ley ni que haya que quemar los diez mandamientos porque los hombres pecan todos los días.

Nos hallamos en una evolución histórica a largo plazo. Gritar "¡abajo la Sociedad de Naciones!" o llamarla "el fracasado organismo de Ginebra", como si fuera una Junta de Paro provincial, es pueril. Equivale a dar por fracasado el Estado español de Enrique IV porque se mofaban del rey los nobles más poderosos, cuando al reinado siguiente llega nuestro Estado a su máximo esplendor. Las cosas de la política internacional ya no se rigen por aquel arte de ajedrez diplomático que hasta mediados del XIX les dió sencillez y simetría. Han entrado en un período de vasta psicología humana. Respétense un poco más. Mírense con perspectiva histórica y aun filosófica. Los molinos del Señor muelen despacio.

Página nueva de Alicia Castro Argüello

= *Envío de la autora. Costa Rica y julio del 36.* =

El reparto de las criaturas

La trajeron sólo para que la enterrara la Junta, dijo malhumorada la Sor. Y estaba en lo justo. La buena mujer trabajó hasta el último momento y la llevaron al Hospital cuando ya no pudo levantarse.

Por las noches se juntaban las vecinas a rezar los Nueve Días en el cuarto de los huérfanos, una pieza muy pequeña para tanta familia. Sin embargo, allí estuvieron una larga temporada, entonces los estaban desahuciando; el padre sin trabajo hacía dos años, lo que ganaba ella era para mal comer. Vivían en una casa de vecindad con unas nueve familias tan miserables como ellos; salvo algunos disgustos originados por las diabluras de Jorgillo, el penúltimo de los hermanos, todos los querían bien y los consideraban.

Tenemos que hacer algo por esta pobre gente, dijeron en la reunión, y como no se presentaba socorro alguno de parte de personas pudientes y las Instituciones de Beneficencia, decían que estaban llenas de niños abandonados, dispusieron repartir las criaturas entre las circunstantes. Todos querían llevarse a Carmen, la mayor, morena y linda. ¿Cómo se las arreglaba esa mocita de cabellera undosa y frescas mejillas para conservar su hermosura y su espíritu alegre, estrechada como estaba por el hambre y la miseria? Cosas de los quince años, y los suyos eran un milagro de blanduras y belleza. Empero, escoger a Carmen era llevarse también al más pequeño, y aunque la muchacha estaba llena de cualidades y prestaba magníficos servicios, había que pensarlo. Al fin la adoptó una familia numerosa y honrada.

Seguían los limpiabotas, dos golfillos que ganaban dieces, comían lo que podían y cuando los obligaban a dormir, lo hacían en una panadería de un extranjero que los ocupaba en algunos menesteres. La asamblea decretó que los limpiabotas estaban muy bien, que tenían un oficio y no sufrían hambre ni frío. Sería porque no se quejaban. Los pilluelos defendían sus ganancias y si nunca pedían nada, tampoco daban de lo suyo; eran independientes.

Quedaba la cholita que tenía muy mal genio, a menudo amanecía de luna y pasaba largos días sin hablar, era tan susceptible, que había que andarse con cuidado para no provocarla, pues todo con ella se volvía serio La pobre cholita estaba anémica, en la escuela se la pasaba durmiendo, por eso la sacaron y la dedicaron a la cocina. No por áspera resultaba gravosa, pues una peloncilla de doce años y de mucha vergüenza, podría ser buena sirvienta y encontró acomodo con facilidad.

El padre, viendo que sus hijos quedaban seguros, dijo que se iba a la línea a buscar trabajo. La reunión parecía disolverse. Carmen se levantó para acostar al hermano dormido en sus brazos, la cabecita húmeda de lágrimas y besos de su nueva mamá. De un rincón en donde estaría agazapado, salieron los lamentos de Jorgillo. Mamá, mamá querida, ¿por qué me dejaste, nadie me quiere, nadie ha pensado en mí, qué haré solito en el mundo?

Todos estaban de acuerdo en que Jorgillo era la pata de Judas, quien más, quien menos, todos los vecinos habían tenido que sufrir sus picardías; cuando la madre salía, lo llevaba siempre consigo para evitar disgustos. Hacía grandes fogones en el patio, enlodaba la ropa recién lavada, peleaba con la chiquillería del barrio y se comía la olla de la primera que se descuidaba. Imposible entusiasmarse con un rapaz así. Se extendió una pena por la estancia, pero todos callaban. Sólo una mujer española, blanca de alma y de cabellos, que se ganaba la vida tejiendo pañoletas y vestidos de niño, le dijo bondadosa:—No llores angelito, que te llevaré a lo mío, no te quedarás sin amparo y hasta te daré educación, pues para algo has de servir so granuja!

Motivos breves

¿Qué rito extraño celebran los cactos en un ángulo del hall?

Hay cirios encendidos y bailarinas exóticas que parecen mariposas cubiertas de vello. Y todo verde y dormido porque ese rincón está encantado: un brujo indio cruzó sigiloso las arenas doradas que sostienen los cactos y esparció una esencia misteriosa que los ha narcotizado.

———

Tengo un biombo en mi cuarto que no ofrece motivos orientales, tampoco cruzan góndolas por lagunas de plata, ni lucen orgullosas las villas de la Costa Azul.

Las pinturas de mi biombo son la vida que yo apuro, hay ramas cargadas de café maduro y muchachas risueñas de mirada amiga.

Magníficas las guarias, acarician mis ojos con el raso de sus corolas bellas.

Y más allá dos golfos tendidos sobre el césped, comen alegremente las frutas deliciosas que produce esta tierra.

———

El sol se ha vuelto loco, hasta él no ha llegado el frenesí del oro y como es un dandy millonario lo está tirando a manos llenas por campos y poblados. Alisto mi paleta para captar esa orgía. Tiendo la vista por el encanto de mi jardín: revientan flores, zumban abejas, hoy no puedo mirar los peces, se han puesto tan brillantes que me lastiman los ojos. El duraznero parece una mujer bonita con su traje de primavera. Y esas mariposas, colegialas en recreo, si no se calman renuncio a pintar.

Ya encontré mi cuadro, aquellas pastoras, flores ardientes, rojas, enormes. No sé como llegaron a mi jardín estas salvajes, las trajo su belleza de gitanas bravías. Las copiaré con esmero y las llevaré a mi alcoba, porque llegará el invierno y como ellas son de fuego, me prestarán su tesoro. Hermosas ardientes flores.

———

Con sus dedos chatos me ofreció una flor, malignos me miraron sus ojos enrojecidos, virulentos. Tomé el capullo y lo prendí en mi traje.—Insensata, me dijo mi acompañante. ¿no temes el contagio?—No es este el peor de los males, otros he visto yo que carcomen las entrañas y dejan los ojos bellos y perfiladas las manos. Mi compañero no entendió, en los labios agrietados del leproso había una sonrisa burlesca, y en mi corpiño oscuro vi cuajada la blancura de la flor.

———

Parajes amables, frescas orillas de los ríos que corren por mi valle, ramas que se abrazan sobre nuestras cabezas por donde se filtran sosegados y cautelosos los rayos del sol. Suavidad buena de la yerba, pañete verde claro bordado en cadeneta por brillante procesión de hormigas. Hay mansedumbre en el agua que baja limpia y cariñosa, hace días que no llueve y va tomando el río la semblanza de un lago. Grandes piedras vestidas de musgos, islotes caprichosos y seguros. En el fondo, joyería, ensueño, seducción.

Junto a nosotros hay una fiesta: cien ranitas bien vestidas inauguran su play ground, arriba los pájaros amenizan el acto. Más lejos hay colonias de mosquitos zumbadores y lirios rojos que el agua quiere besar.

Rincón para confidencias esta ribera tranquila, brotan las palabras húmedas, platinadas, cariciosas y se diluyen en el paisaje, como luces, como perfumes. Armonía envolvente de esos lugares.

La sequía

(Cuento)

Por CARLOS M. SALAZAR HERRERA

= *Envío (y madera) del autor.* San José, Costa Rica, julio del 36 =



Muy parecido estaba a uno de esos tocadores de ocarina en piedra que hicieron sus antepasados.

Sin moverse, pasmado, horas y horas, en cuclillas.

Piedra con musgo era así su cara, al reflejo de las matas que todavía podían ser verdes.

Al reflejo de las matas, junto a la entrada afuera, estuvo siempre el indio echando raíces y el corazón también.

A fuerza de estar ahí, el indio había cogido el color del rancho.

El rancho en el vientre de la montaña, seca por la sequía, fue volviéndose sonoro, tan solo porque habitaban los grillos.

Rancho horquetado, amarras de bejuco, hojas de plátano, corteza de palmito y tierra.

Adentro estaba la india compañera. Charco de agua clara de esos que repiten a la luna, era por dentro la india. ¡Cosas de la montaña!

No llovía.

Se cansaron los yigüirros de pedir agua.

Cayeron las hojas de todos los árboles grandes.

Entre la tierra y el sol se bebieron el río.

Hojas, hojas, hojas, h|o j a s. Amarillas las hojas que no pudieron sostenerse más. Hojas secas en todos los rincones de la selva. Secos los bañaderos de los chanchos y el sexo de las flores. Sin agua los bejucos de agua y la cortadura de los arroyos. Secas las narices de los animales. Un corazón y secándose otro.

La india fue saliendo del rancho a pasos torpes. Se detuvo. Miró al indio. Miró al rancho. Miró la picada—camino ascua de montaña — Miró otra vez al indio, al indio su hombre. Se acercó a él, hasta tocarlo con las enaguas. Esperó. Esperó pero el indio no abrió la boca. No la miraba. No se movía. La india se dió a caminar. Huyendo despacio, muy despacio.

Allí quedó el indio. La cabeza incrustada en las manos. Las manos amarradas sobre las rodillas, apretando la cara.

El silencio abríase alargándose en el rancho que se fué pareciendo a rancho en donde no vive nadie.

Ella se lo había dicho. Le había anunciado que se iba por siempre, porque ya no podía más. Porque él no la miraba, porque no le hablaba, porque no la quería. Porque aquel silencio le estaba doliendo como una úlcera.

El quiso decirle algo, pero como jamás nunca dijo, esa vez tampoco. El indio no sabía decir, no le salía, no estaba en él.

Y la india quería eso: un poco de palabras para asustar el silencio. Un poco de ternura para acortar las horas. Alguna vez una sonrisa para dar color al rancho. Quizás una caricia... ¡Pero no!, era mucho pedir.

El indio y la india no se podían encontrar donde se hacen uno solo los caminos.

—:—

Tiempo atrás, una vez que iba la india por el interior de la selva, halló a mirar a un manigordo con su hembra. El macho lamía la piel de su compañera, se restregaba contra ella, daba saltos, la miraba, acercábasele estilizando ondulaciones en el lomo moteado a negros. La hembra contestaba agradecida con igual ternura; en las pupilas se veía. Después, después se echaron juntos y todavía se prodigaban.

La india comparando vió que el indio no era así.

—:—

Huía la mujer, despacio el paso. En las hojas arrugadas se le hundían los pies hasta los tobillos y en el pecho una congoja le subía hasta los ojos.

No quiso ni pudo dejar al indio cuando vió a los manigordos, pero ahora sí. ¡Ahora, que estaba para tener un hijo! Ahora sí abrazó la huída con todo el cuerpo.

Huía, con un miedo pánico de que aquel hombre fuera a aplastar al indiecito con una mirada indiferente. ¡Eso sí que no! No quería tampoco a su hijo para ella sola. Quería compartirlo, pero por partes iguales. Quería dividirlo en dos cariños para que tocara media tristeza y media alegría para cada uno. ¡Era demasiado para ella sola!

¡Dios mío, se han secado todos los ríos!

Porque el indio no fuera a aplastar al indiecito con una mirada indiferente, por eso no se lo había dicho. El no sabía que iba a tener un hijo. Se quedaría por siempre sin saberlo. El embarazo estaba a la vista. El podría haberlo adivinado si se hubiera puesto a mirarla. Pero el indio no la miraba.

La picada se prolongaba reverberando calor. Larga y fea picada como vida.

¿Y si lo supiera?, — pensó la india iluminada la cara con lumbre de ella misma—. ¿Si lo supiera?... ¿Tal vez si lo supiera? — y paró la huída—. Tal vez lo está esperando. Y empezó a caminar, ahora con dirección al rancho.

Caminaba ligero, más ligero. Corría. Lo desanduvo todo. Quebró las hojas arrugadas que sonaron como campanas pequeñísimas o latidos. ¡Qué corto es el camino!

De allá lejos, cogió la casa con los ojos. Afuera estaba el indio, como lo había dejado. Seguía parecido a los tocadores de ocarina en piedra.

En cuclillas. Piedra con musgo. Junto a la entrada afuera. Echando raíces. Color de rancho. Mudo, y el corazón...

Llegó la india con miedo. Como una de esas perras sin dueño que van a robarse una tajada de carne. Tuvo miedo. Tembló.

Y el indio sin moverse.

La mujer tragó un puño de valor y se lo contó todo. Se lo dijo en una sola frase y esperó el efecto. Esperó un instante demasiado largo.

¡Cómo dura el silencio!

El indio empezó a sentir una alegría millonaria de gozo.

Toda la vida lo había esperado.

Iba a abrazar a su india con su indiecito. Quiso decir lo que no podía decir. Quiso reír, gritar. No pudo.

Quiso abrirse con las manos el pecho para que ella pudiera verlo por dentro. Quiso darle las gracias. Pero nada dijo.

Quedó inmóvil, con la cabeza metida entre las rodillas.

El indio no podía hablar. No estaba en él. Era cerrado, con la sequía adentro. Así lo había parido su madre.

La india tornó a huir montaña adentro.

El indio todavía quiso llamarla, pero la voz no le salía. Levantarse, pero tenía los pies con raíces.

Quedó sentado de cuclillas, como los tocadores de ocarina.

Quiso mirarla, pero vió turbio. ¿También se estaría haciendo ciego?

Se restregó los ojos. Estaba sudando. Miró de nuevo, ahora veía claro, luego comenzó a empañarse nuevamente la figura de la india huyendo del silencio.

Aquello no era sudor. Aquello le salía de los ojos.

La cita es de Julio Puyol, traductor del *Elogio de la Estulticia*, de Erasmo, 1917:

«..., ni para que algunos letrados y hombres píos aconsejasen a San Ignacio de Loyola la lectura del *Enchiridion*, según cuenta el padre Rivadeneyra,...»

UNA PAGINA MAESTRA DE CHESTERTON

La rebelión de los ricos

= Tomada de *El Tiempo*. Bogotá. =

Sir Thomas More (1), aparte de aquellos enredos místicos en que se metió y donde cayó al fin, preso y después muerto, debe considerarse como el héroe de la Nueva Cultura: aquella fulgurante aurora del día de la razón que durante tanto tiempo ha hecho considerar a la Edad Media como una sombra absoluta. Por discutible que sea su actitud ante la Reforma, su actitud ante el Renacimiento es indiscutible. Era, sobre todo, un humanista, y de lo muy humano por cierto. En muchos sentidos era un moderno, lo cual no es lo mismo que ser humano, como algunos equivocadamente suponen. Y también era humanitario. Bosquejó un ideal, o mejor dicho, un sistema social imaginario, con algo de la ingenuidad de mister H. G. Wells (2), pero con una ironía mucho mayor que la pretendida ironía de mister Bernard Shaw.

No hay para qué censurar las nociones morales de su Utopía, pero sí diremos que en las cuestiones y soluciones allí propuestas radica lo que, a falta de mejor nombre, llamaremos su modernidad. Así su examen sobre la inmoralidad de los animales es una tesis trascendentalista que sabe ya a teoría de la evolución, y sus burlas, algo groseras, sobre los preliminares del matrimonio, podrían ser tomadas en serio por los modernos "eugenésicos". También propone una manera de pacifismo, aunque, por cierto, de buena manera la realizan los utopianos. En suma: a la vez que era como su amigo Erasmo, un satírico de los abusos medioevales, no puede negarse que el protestantismo debe de haberles resultado muy estrecho. Pero si no era un protestante, pocos protestantes pudieron negarle el nombre de reformista. Sólo que era un innovador en cosas que interesan más a la mente moderna que la mera teología: era, en suma, lo que hoy solemos llamar un neopagano. Su amigo Colet (3) representaba esa liberación del medievalismo que pudiéramos llamar el paso del mal latín al buen griego. En nuestras discusiones modernas solemos considerarlas como una misma cosa, pero la enseñanza del griego era la novedad de la época, mientras que el latín siempre se había hablado popularmente, aunque fuera un latín de todos los diablos. Más justo es decir que los medievales eran bilingües y no que su latín era lengua muerta. El griego de la nueva época nunca llegó a tener tanta difusión, pero los pocos que lograron aprenderlo, sintieron que respiraban por primera vez aire libre. Este espíritu del helenismo se refleja claramente en More, en su universalidad y urbanidad, su equilibrio de razón y su curiosidad serena. Posible es que compartiera algunas de las extravagancias y errores de gusto que inevitablemente tenía que traer envuelto aquel espléndido intelectualismo de reacción antimedieval. Fácil es que considerara las gárgolas góticas como adornos bárbaros, o que no le conmoviera el sonido de la trompa de la balada medieval de "Chevy Chase" como le conmovía a Sydney (1). La riqueza del paganismo antiguo, en genio, en encantos y en heroísmo civil, acababa de revelarse a los ojos de aquellos hombres con toda su deslumbrante perfección, y es realmente disculpable que hayan cometido algunas injusticias para con las reliquias de las edades bárbaras. Ver el mundo por los ojos de More, el valerse de las ventanas más amplias de que entonces se disponía, es contemplar por primera vez el paisaje de Inglaterra en toda su extensión, a los reflejos de un sol naciente. A él, en efecto, le tocó ver la Inglaterra del Renacimiento, el tránsito de la Edad Media a la Era Moderna. De modo que vió muchas cosas y dijo muchas cosas todas muy inteligentes y atractivas; pero de paso, advirtió también algo, que es, al mismo tiempo, una espantosa quimera y un hecho real y cotidiano. El, que tan amplia y profundamente consideraba el espectáculo de su tiempo, fué quien dijo: "Los corderos se están comiendo a los hombres".

Esta singular alegoría de aquella gran época de emancipación y de luces da testimonio de un hecho que suele pasar inadvertido en los relatos de conjunto que a tal época se refieren. Un hecho que nada tiene de común con la traducción de la Biblia o el carácter de Enrique VIII o de sus mujeres, ni con los debates triangulares de Enrique, Lutero y el Papa. No eran los corderos del Papa los que se estaban comiendo a los hombres protestantes, o viceversa, no; ni tampoco Enrique, durante su breve y azaroso papado, hizo que los ganados se comieran a los mártires, como en tiempo del paganismo los leones. Lo que More quiere decir con aquel símbolo pintoresco es que la agricultura extensiva estaba dejando el sitio a la ganadería extensiva. Grandes espacios de tierra que antes estaban fraccionados y eran poseídos en común por grupos de hacendados, quedaban ahora bajo la soberanía de un pastor solitario. Esto lo ha explicado, de un modo epigramático, y precisamente a la manera de More, mister J. Stephen en un notable ensayo que creo sólo puede encontrarse en las columnas de "The New Witness". Allí mister Stephen declara paradójicamente que el que en vez de una hace crecer dos espigas, no merece la admiración que de ordinario se le tributa, sino el tratamiento de asesino. Y traza los orígenes morales de ese movimiento que condujo a la multiplicación de las espigas y, por aquí, al asesinato, o al menos, a la destrucción de tantos hombres. Según él—y así hay que aceptarlo, si se quiere explicar el origen del fenómeno con toda veracidad—, dicho fenómeno procede de un refinamiento creciente, y en cierto sentido muy racional, de la clase directora. En comparación al nuevo estado, el antiguo señor resulta grosero, y no es más que un gran hacendado en vida y costumbres. Bebía vino cuando era posible, pero entretanto no tenía inconveniente en beber cerveza barata como el pueblo. Y la ciencia no le había suavizado aún las carreteras con asfalto. Todavía en tiempos posteriores a éstos, cierta gran dama le escribía a su marido que no podía ir a reunírsele porque los caballos del coche estaban tirando del arado. En plena Edad Media, los más grandes eran casi los que hacían la vida más ruda, pero en tiempos de Enrique VIII comienza la transformación. Ya en la generación siguiente se ha popularizado una frase que es sintomática del fenómeno y de los planes ambiciosos de adquisición territorial. De tales o cuales señores se dice que están "italianizados". Y con esto se alude a la belleza más cuidada en las cosas de uso diario, a los cristales delicados y claros, al oro y la plata, no tratados y a la manera de piedras bárbaras, sino modelados en forma de tallos y guirnaldas metálicas; a los espejos, los naipes, los brinquiños y alhajas de arte; en suma, a la perfección en las bagatelas. Ya no se trataba aquí, como entre los artífices populares del gótico, de aquel toquecillo artístico casi inconsciente que se daba a los objetos de uso necesario, sino que era un desbordamiento del alma en un arte conmovedor, y consciente, aplicado, sobre todo, a objetos innecesarios. El lujo nació a la vida en cuanto se le dotó de alma. Y conviene tener presente esta verdadera sed de belleza que se apoderó de los hombres, porque es una explicación, y también una disculpa, de muchas cosas.

La clase de los viejos barones había salido muy mermada de las guerras civiles que acabaron con la batalla de Bosworth, y quedó

(1) Célebre humanista cuyo más famoso libro es la «Utopía» (1515). Teólogo y jurista, se opone a la Corona para templar los rigores del castigo contra la herejía, y representa, en cierto modo, la autoridad del pueblo. Muere decapitado.

(2) Refiérese a la «Utopía Moderna» de Wells, publicada en 1905.

(3) Juan Colet (1467?-1519), deán de San Pablo, famoso humanista, amigo de Moro y de Erasmo.

(1) Sir Philip Sidney, poeta (1554-1586).

muy debilitada con la artera política de Enrique VIII (1), aquel rey que fué tan poco regio. El mismo era un hombre a la moderna; pronto vemos que sus barones dejan el sitio a una nobleza de hombres modernos. Y aun las viejas familias se pliegan a las nuevas orientaciones. Algunos, los Howrads (2), por ejemplo, a la vez figuran como familia vieja y familia nueva. El espíritu de las clases superiores se va renovando visiblemente. La aristocracia inglesa, que es la principal creación de la Reforma, merece, sin duda, cierto aprecio; fué siempre una clase progresista. Se acusa a los aristócratas de enorgullecerse de sus antecesores; pero de los aristócratas ingleses de entonces sería más justo decir que se han enorgullecido de sus descendientes. Para sus descendientes alzaron robustos edificios y hacinaron riquezas; para ellos procuraron ganar un puesto cada vez más alto en el gobierno; para ellos, sobre todo, acogieron toda nueva ciencia o todo nuevo plan de filosofía social. Se apoderaron de los beneficios de la ganadería y pasturajes; pero de paso, desecaron todos los pantanos. Rechazaron a los sacerdotes, pero escucharon a los filósofos. Durante el reinado de la nueva casa de los Tudores, se va formando una civilización nueva y más racional que la otra. Los humanistas discuten la autenticidad de los textos, los escépticos desacreditan, no sólo a los santos cristianos, sino también a los filósofos paganos; los especialistas examinan e interpretan las tradiciones... y los carneros devoran a los hombres.

Ya hemos visto que en el siglo XIV hubo en Inglaterra una revolución de los pobres. Estuvo a punto de triunfar, y no puedo disimular mi convicción de que eso hubiera sido lo mejor para nosotros. Si Ricardo II hubiera saltado sobre el corcel de Wat Tayler, o mejor dicho, si su parlamento no lo hubiera desmontado después, si hubiera logrado confirmar la libertad de los campesinos con alguna fórmula de autoridad real, como era ya habitual que confirmara con una carta real la Constitución de las Trade Unions, seguramente entonces la historia de nuestro país sería un espectáculo de felicidad tan completa como cabe en lo humano. Entonces el Renacimiento habría llegado a ser en su hora, un sistema de educación popular, y no la cultura de un Club de estéticos. La nueva ciencia habría sido tan democrática como la antigua en los lejanos días del Oxford y el París medievales. El arte exquisito de la escuela de Cellini no habría sido más que el grado superior en la escala de los oficios de un gremio. El drama shakespereano hubiera sido representado por obreros sobre tablados erigidos en mitad de la calle, como Punch y Judy, la más bella realización de los "milagros" medievales, que corría a cargo de un gremio. Los actores no hubieran sido entonces "los criados del rey", sino los amos de sí propios. El gran Renacimiento habría sido liberal, y la educación, liberal. Si todo esto es un sueño por lo menos era una probabilidad irrefutable en determinado momento. La revolución medieval tuvo comienzos muy afortunados para que alguien pudiera prever su fin desastroso. Pero el parlamento medieval prevaleció, y otra vez hundió a los campesinos en aquella situación embarazosa y equívoca. Decir más sería exagerar y anticipar acontecimientos. Cuando Enrique VIII vino al trono, ya los gremios estaban algo oprimidos, aunque en apariencia nada había cambiado, y aun puede admitirse que los campesinos todavía pudieron recobrar su terreno. Muchos de ellos eran aún siervos en la teoría, pero vivían bajo el cómodo señorío de los abades. Es decir, que el sistema medieval aun se conservaba. Y creo que hubiera podido seguir desarrollándose, cuando he aquí que hechos inesperados sobrevinieron y lo trastornaron todo. El fracaso de la Revolución de los pobres dió lugar a una contrarrevolución: la revolución de los ricos; y ésta sí tuvo éxito.

El eje de tal revolución era un conjunto de hechos de carácter político y hasta personal, que pueden reducirse a dos: los matrimonios de Enrique VIII, y la cuestión de los monasterios. Los matrimonios de Enrique VIII han sido por mucho tiempo, y hasta el cansancio, motivo de burla popular; y en toda burla popular, y más si ha llegado hasta el cansancio, hay una verdad de tradición. Porque una cosa burlesca no puede llegar hasta el cansancio si no contiene un elemento de seriedad. Enrique fué muy popular durante sus primeros años, y los extranjeros contemporáneos nos han dejado gloriosos retratos del joven príncipe del Renacimiento, radiante en su maestría de todas las nuevas disciplinas renacentistas. Pero ya en sus últimos días, el rey parece casi un maniático, ya no inspira amor ciertamente, y el miedo que infunde no es el que infunde el perro guardián, sino el perro rabioso. Y no hay duda que en este cambio influyó por mucho la incongruencia, más aún: la ignominia de sus bodas a lo Barba Azul. Pero es justo reconocer que, acaso con la excepción de la primera y la última, fué casi tan desdichado con sus mujeres como ellas lo fueron con semejante marido. Lo que rompió la entereza de su honor fué, seguramente, su primer divorcio; asunto desagradable que, de paso, rompió también muchas otras cosas valiosas y universales. Para entender las razones de su furia, hay que penetrarse de que el rey no se tenía por enemigo, sino por amigo del Papa: hay en esto como una sombra de la historia de Becket. El rey había defendido al Papa en el terreno de la diplomacia, y a la Iglesia en el de la controversia; y cuando se cansó de su reina y empezó a apasionarse por una de las damas de ésta (Ana Bolena), se figuró que en aquella época de concesiones cínicas, bien podía un amigo hacerle una concesión cínica a su amigo. Pero es propio error, causado por la desigualdad con que las manos de los hombres administran la fe cristiana, el que nunca pueda preverse en qué instante la fe se manifiesta precisamente en toda su pureza; y el solo hecho de que la iglesia, en sus peores épocas, no diga o no haga tal o cual cosa ni por casualidad, es ya un hecho digno de sus épocas más gloriosas. Sea, pues, como fuere, Enrique quiso recostarse sobre los almohadones de León, y sintió que su brazo había chocado contra la dura roca de Pedro.

El Papa le negó el nuevo matrimonio, y Enrique, bajo la negra tempestad del despecho, rompió todas las antiguas relaciones que había entre su trono y el papado. Acaso no se dió cuenta clara de toda la trascendencia de su acto, y puede mantenerse que hoy tampoco nos damos cuenta. Desde luego, él no se consideró anticatólico, y por muy cómico que parezca, no podemos considerarlo como antipapista, desde el instante en que él se consideraba, en cierto modo, como un papa. De aquí data, pues, esa doctrina moderna que tanto ha de influir en la historia: la doctrina del derecho divino de los monarcas; doctrina que es preciso no confundir con la doctrina medieval semejante. Y esto embrolla mucho la continuidad de la vida católica dentro del anglicanismo, porque representa una completa novedad, y provocada precisamente por el partido más antiguo. Por desgracia, la supremacía del rey sobre la Iglesia nacional británica no era un mero caprichillo monárquico, sino que vino a ser, durante algún tiempo, un capricho de la misma Iglesia. Pero depende aparte puntos controvertibles, no cabe duda que la continuidad de nuestra tradición se interrumpe peligrosamente al llegar aquí, y se interrumpe en un doble sentido, a la vez humano e histórico. Enrique no sólo cortó a Inglaterra de Europa, sino, lo que es más importante, cortó a Inglaterra de Inglaterra.

(1) Gobierna de 1445 a 1509.
(2) Ilustre familia inglesa, que acaso procede de los Herewards del siglo X, Duques de Norfolk desde el siglo XV.

INDICE

Hágase del último No. de la excelente revista SUR, de Buenos Aires. Es el No. 19. Acabamos de recibirlo. Precio del ejemplar ₡ 2.50.

Un maestro de la paradoja

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá =

La edad de Gilbert K. Chesterton, promulgada por el cable con la noticia de su muerte, ha debido de ser una sorpresa para los que no consultan con frecuencia la guía de forasteros inglesa titulada "Who's Who". Sus asiduos lectores le teníamos por persona mucho más avanzada en años que los doce lustros y medio. Su corpulencia, su optimismo insondable, las formas tenaces de su chiste y de su literatura, el candor de su fe y sobre todo el recuerdo de las primeras páginas leídas encima o debajo de su firma garantizaban en apariencia una edad mucho más avanzada. Ya han muerto muchos de sus contemporáneos. Bernard Shaw, sin morirse, ha pasado, contra su voluntad y protestando clamorosamente, al estadio, de la inmortalidad, desde donde se ocupa en alabar a Hitler, a Mussolini y para no faltar a los preceptos de la imparcialidad y la sana lógica, a Juan Vicente Gómez.

Contemporáneo de Chesterton, como su polo opuesto, Henry W. Nevinson, ave de todos los climas, augur de todas las guerras, periodista enamorado de su oficio, escritor, de transparencia y gracia superiores al duro ejercicio de la reportería, británico hasta la médula y severo censor de los vicios ingleses, Nevinson, repitamos, es una reliquia viviente. Todavía lanza al mercado bellos libros cargados de vida, de humanidad y de pensamiento, pero sus admiradores toman el más reciente en la mano con el duro presentimiento de que sea el postrero. Nevinson sobrepasa a Chesterton en actividad y en años, pero conserva la bendición de la dadivosa primavera. Somerset Maugham nació el mismo año que Chesterton, y parece que fuera veinte años más joven. Sus libros viven la vida hodierna, sus aspiraciones y anhelos, sus repugnancias son las mismas de su edad, y en sus dramas y novelas se agitan personajes a quienes torturan las ideas y las miserias del momento. E. M. Foster vino al mundo 5 años solamente más tarde que Chesterton; sin embargo, quien tomara, sin saber el año de su nacimiento, los libros del uno y del otro imaginaría, de primera intención, que corre una larga serie de primaveras, acaso dos épocas literarias, entre el advenimiento de quien escribe la página inicial del "Illustrated London News" y el autor de los ensayos titulados "La cosecha de Abinger". La forma señala también diferencias no sólo personales, como es de rigor esperarlo, sino principalmente de gusto, de órbita y de momento histórico entre Chesterton y sus rivales



Gilbert K. Chesterton

nombrados, no obstante haber vivido los tres bajo unas mismas constelaciones.

Chesterton había cobrado reputación de ancianidad sin haber llegado siquiera al término de los setenta señalados por el desolado salmista. Nació en Londres y, como casi todos los oriundos de grandes ciudades, era provincial e inmueble. Viajaba a su pesar. En Francia le desesperaban la avaricia del natural y su aspecto solemne (Tremendous Trifles. p. 44), en Alemania, el descubrimiento inesperado de que no sabía alemán y de que los naturales probablemente habían olvidado el inglés, pues no lograba hacerse entender de ellos en esta lengua (ibid, 156). En este mismo libro dice Chesterton a la página 204 que él sale de sus habitaciones de Battersea (insignificante y presuntuoso barrio de Londres), y se dirige a Francia, Alemania y otras comarcas más o menos desconocidas del continente, con el objeto de procurarse al cabo de cierto tiempo el placer inefable de regresar a Battersea.

Se hizo católico en la madurez de su vida, no sin haber realizado en su imaginación el viaje de todas las religiones y creencias; pero conservó a pesar de su gran saber y de su nueva confesión, la actitud de los puritanos frente a la vida. Es verdad que bebía, según su propio testimonio, mucha cerveza y en ocasiones se dejaba perturbar mentalmente, como consta de sus propias palabras, por las observaciones inmoderadas del whisky. Lo cual no envuelve contradicción con el genuino espíritu del puritano, perturbable tan sólo por las debilidades relacionadas con la diferencia de sexo.

De católico fué su actitud prevenida y a veces hostil contra la ciencia, quiero decir contra ciertos aspectos de la ciencia. Parece que las matemáticas le dejaban tranquilo. La filosofía como ciencia de las ciencias, que dicen los alemanes, era una de sus frecuentaciones predilectas A la filosofía de contados expositores antiguos y modernos, más de aquéllos que de éstos, le pedía los pertrechos necesarios para destruir a ciertos corifeos de la investigación en el recinto de las ciencias naturales. Jamás pudo aceptar las relaciones anatómicas señaladas por Darwin entre el hombre y otras especies animales. El hombre era de origen divino, conforme aparece en los libros sagrados.

Sobre la actitud de Chesterton ante la ciencia importa no entregar al olvido el hecho de que en 900, principio de la celebridad de Chesterton, todavía estaba de moda vituperar la ciencia y el espíritu científico predominante por aquellos días entre los hombres de estudio. Brunetiére en Francia y Balfour en Inglaterra se caban por los defensores de la ciencia contra las inquietantes pretensiones de los investigadores sin fe. Estuvo de moda vilipendiar la ciencia y, frente a la posible quiebra de la civilización actual, se ha vuelto a levantar la enseña anticientífica de hace cuarenta años. Si la civilización estuviese para fracasar definitivamente, lo cual es posible y ha sucedido en otras ocasiones, no será la ciencia seguramente la responsable del desastre. A lo más podrá culpársela de no haber podido evitarlo. Achacarle con palabras de oprobio el origen y las consecuencias de la calamidad que nos amenaza es un error voluntario. La ciencia se ocupa en investigar, en acumular datos con el fin de suministrarle al hombre de estudio los elementos precisos para entender su destino y mejorar su condición en el planeta. Quienes dirigen tales investigaciones, los llamados hombres de ciencia, yerran a menudo, y sin excusa en ocasiones; pero la ciencia no comete error, sino por ellos. La ciencia que se equivocara voluntariamente o por descuido no sería ciencia. Si el mundo actual, como parece, se encaminara a su pérdida, porque los hombres desoyen las amonestaciones del sentido común, la falta no es de los adelantos de la ciencia, a la cual se deben los abominables utensilios de destrucción y de engaño, sino a quienes les dan tal concepto. . .

. . . Nada se opone, al punto de vista científico, a que las aparentes catástrofes de la civilización sean necesarias para el progreso de la especie u obedezcan a leyes desconocidas en el curso natural de las corrientes vi[illegible].

En presencia de la vida, Chesterton adoptó con un buen humor, a todas luces plausible, la posición del optimista batallador y convencido. La lucha contra el pesimismo es tan inepta como son los claros argumentos que una filosofía superficial y oronda acumula complacientemente en favor del optimismo, o como dice Nietzsche: "El valor de la vida no se puede justipreciar; no de parte de un vivo porque esto viene siendo no solamente parte en el proceso, sino la materia misma del juicio; no de parte de un muerto, por razones que saltan a la vista".

La actitud de Chesterton en esta controversia carece de importancia por lo que hace a la filosofía, pero tiene un valor docu-

(Pasa a la pág. 45)

Hay anhelos renovadores en el pueblo venezolano

Demos a Venezuela nuestro apoyo

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y julio del 36 =



¿Cuál ha sido el destino de aquellos periodistas venezolanos—Pablo Rojas Guardia y Luis Anitesarove — encarcelados por el gomezalato en agosto de 1933? Juzgaron desde la hoja impresa que publicaban la conducta viril del pueblo cubano. Olvidaron que escribían acorralados en el feudo del monstruo. Y la fealdad horrible del régimen no toleró que censuraran la tiranía del machadato. Con celeridad sorprendente los sicarios los sumieron en las celdas atormentadoras.

A esos periodistas los hemos recordado ahora que Venezuela empieza a salir de entre las adiposidades en que el monstruo la tuvo aplastada durante tres décadas. Dijeron entonces del pueblo cubano: "Cuando en un pueblo vale más una huelga que un fusil, cuando una voz preñada de fe en un apostolado se oye más recia que las voces militares, hay que pensar que ese pueblo va camino de hacerse, de crearse y sobre todo de proseguir esa creación, más difícil que los mismos comienzos, pues existe el peligro de perder las riendas, o de aflojarlas, lo que es peor aún". De Venezuela puede decirse hoy lo que a la caída del machadato dijeron de Cuba dos venezolanos oprimidos. Hay anhelos renovadores en el pueblo venezolano. Ha nacido la conciencia del peligro y esa conciencia vigila y da virilidad a los venezolanos de honor. El régimen fué satánico y sistemáticamente aplanó el alma de las generaciones nuevas. En torno al gomezalato nació y creció la superstición. Pudo morir el monstruo en paz y disfrutar de los honores de los cortesanos viles mientras el pueblo seguía entontecido admirando el desarrollo del último punto del programa funeral. Parecía que Venezuela no saldría jamás de aquellas adiposidades con que el monstruo la había recubierto.

Pero Venezuela empieza a salir con gran espanto de las fuerzas cavernarias que esperaron haberla dejado rezagada por toda una eternidad. Las organizaciones imperialistas adueñadas durante el gomezalato del subsuelo en donde bulle el petróleo están alarmadas de que Venezuela nazca de nuevo. La creían muerta. El monstruo les había dado todas las riquezas petrolíferas y ellas halagaban al monstruo con dinero y con honores y con el respaldo de sus gobiernos imperialistas. También dió otros recursos el monstruo a los imperialismos. La cadena entreguista fué grande en Venezuela. Allí no trabajó la conquista para un presente fugaz. Acaparó para muchos siglos. El régimen tenía interés en ser considerado amigo de la perfidia conquistadora. Y fué realmente amigo de ella. Cuando murió el monstruo la conquista no sintió motivos de zozobra. En treinta años de satrapía el espíritu vigilante y viril de Venezuela tenía que haber desaparecido. Así pensó el mal que hizo de Venezuela la presa fácil durante el gomezalato.

Pero, como dicen los periodistas cuyo destino quisiéramos saber hoy, "cuando en un pueblo vale más una huelga que un fusil, cuando una voz preñada de fe en un apostolado se oye más recia que las voces militares, hay que pensar que ese pueblo va camino de hacerse, de crearse, y sobre todo de proseguir esa creación". La gente nueva de Venezuela se empieza a organizar para dar la batalla que aquel pueblo necesita. Todo está por hacer en Venezuela en el rumbo de la lucha contra el régimen. Es cosa terrible el régimen. A la supervivencia del régimen confían las conquistas imperialistas sus piraterías. Saben que es difícil que un pueblo pueda volver a la conciencia del peligro cuando por años se la ha estado matando sistemáticamente. Desaparece el sátrapa, pero el sátrapa sólo sirvió para que las inmensas fuerzas del pillaje hicieran un feudo en donde imperar. Hecho el feudo nace entonces la superstición y el feudo aparece intocable. Venezuela es eso para las piraterías que fueron aliadas del monstruo.

Sin embargo, Venezuela anda ahora quitándose amarras. La vemos con grandes alientos. El régimen quiere supervivir y bufa endemoniado. Son bufidos que tienen su resonancia en leyes cavernarias. Como precisa que la conciencia del peligro no nazca en el pueblo venezolano, el régimen ordena el articulado monstruoso que debe levantarse amenazante y sombrío. Allí está la llamada "Ley para garantizar el orden público y el ejercicio de los derechos individuales". El régimen quiso imponerla y la gente de honor salió resuelta y condenó la ley. Todo es delito en esa ley. Y para que el venezolano no aparte su conducta de las reglas moderadas que el régimen necesita para supervivir, exige dicha ley que cada acto presente y futuro tenga previamente la aprobación de los guardianes del régimen. Si quieren los venezolanos reunirse a deliberar necesitan contar con el buen humor de las autoridades civiles. Si no hay buen humor, y no lo habrá a menos que el motivo de la deliberación sea pueril en todo momento, no habrá permiso para reuniones públicas. Con lo cual demuestra el régimen que conoce el poder que la deliberación tiene en la formación de la conciencia vigilante y combativa de los pueblos. El monstruo no dió jamás al venezolano el derecho de reunirse a deliberar, a discutir los problemas de su propia vida. Por eso alargó su permanencia. Desaparecido el monstruo sienten los que custodian el régimen que en ser fieles al monstruo está precisamente la supervivencia del régimen.

Y luego mayores monstruosidades en esa ley, encaminadas todas a arrebañar. Señalemos ésta por lo que tiene de cavernaria: "El que verbalmente, por escrito o por impresos, por medio de radiodifusión, dibujos, carteles, mítines u otros medios de publicidad o haciendo uso de algún servicio público, haga propaganda de doctrina o métodos comunistas, anarquistas, nihilistas o terroristas, o de aquellas que por su finalidad o sus medios de acción se equiparen a éstas, serán penados con prisión de uno a tres años". Para los guardadores del régimen lo importante es cubrir con un solo epíteto, el de doctrinas comunistas, la expresión libre del pensamiento humano. El monstruo no vivió sino por el miedo que impusieron sus sistemas de exterminio. Pensaron los venezolanos, pero mataron su pensamiento para no exteriorizarlo. No hubo entonces leyes que señalaran como acto delictuoso el movimiento libre del pensamiento del venezolano. El monstruo fué la ley y esa ley fué el asesinato. Hoy formulan el articulado amenazante y lo tiñen de lo que la superstición y la ignorancia ha vuelto más repulsivo a la mente del comodidoso. El régimen quiere supervivir y entra en la lucha.

Sólo que encuentra ahora un ambiente cambiado. Venezuela empieza a nacer. Contra la ley inquisitorial organizáronse muchas voluntades. Primero insinuaron que esa ley fuera retirada de las cámaras. Luego amenazaron. No fueron oídas las generaciones venezolanas que están en pie para acabar con el régimen. Entonces fueron a la huelga. Cuando en un pueblo vale más una huelga que un fusil va camino de hacerse, de crearse. Venezuela hizo honor a esa expresión de dos periodistas encarcelados por el gomezalato. Del 9 al 13 de junio pasado Venezuela dió la gran batalla contra la supervivencia del régimen. La huelga general decretada como condenación de la ley cavernaria dice que el fuego nace y va a transformar a un pueblo. Un periódico venezolano, de los que están escritos por gente viril y de visión, dice de esa huelga: "La huelga general de esos días, que hizo cesar las actividades de todo orden en la República, no fué, como se ha afirmado y se ha repetido por el gris rebaño vociferante que monopolizó los micrófonos, la obra de media docena de agitadores. Se gestó en lo hondo de la entraña popular y fué la expresión de un descontento colectivo que había venido incubándose en el curso de los días, por la despreocupada actitud del Director de la Oficina Nacional del Trabajo ante los problemas obreros; por el atentatorio proyecto Lara, por las maniobras solapadas, y a ratos manifiestas, del Congreso para no disolverse, retardando la discusión de la nueva Carta donde esa disolución se consagra y desoyendo la opinión mayoritaria de la nación enérgicamente manifestada en ese sentido; y, por último, por las vacilaciones para

confiscar los bienes del dictador fallecido, lo que justificaba el rondar de negociantes y abogados sin escrúpulos al servicio de los deudos de Juan Vicente Gómez, para repartirse en festín de compadres, la cuantiosa fortuna, cuyo único, indiscutible e irrenunciable dueño es la Nación".

En esa enumeración de motivos que llevaron a la huelga general al pueblo de Venezuela está contenido un fecundo programa de lucha. La ley de orden público se ideó para tapar la manifestación viva de la gente organizada contra el régimen. Y el régimen es eso, continuación de organismos políticos servidos por rezagados. La pugna es allá contra los puntales del régimen. Por esto conviene divulgar las causas y sentido de la huelga. A estos países llegará la versión adulterada, porque el interés de las fuerzas que han vivido de la desgracia venezolana es difundir la creencia de que en la huelga sólo hubo móviles destructores y no creadores.

Y no. Los venezolanos están creando de nuevo su nación. No dejarán que la reacción malogre la aspiración. Son muchos los abismos abiertos al paso del venezolano de honor que siente la lucha como el nacimiento en su vida de la conciencia del peligro. Si percibe la atracción abismal y no la teme, salvará su obra de la destrucción satánica. El deber de estos pueblos es seguir la lucha venezolana con interés grande. Venezuela está llamada a darnos muchas conquistas en todos los campos. Si no nos desentendemos de sus luchas y las consideramos vinculadas a nuestra propia suerte, ayudaremos a que culminen en una victoria que nos cobijará también. Las generaciones nuevas van tomando la dirección inteligente de la batalla. El caudillo parece relegado al presupuesto. Lo cual es bueno. Desde el presupuesto puede el caudillo disfrutar y no comprometer. Y esta gran lucha venezolana no puede comprometerse con la intervención mañosa y rezagada de hombres que no comprenden los tiempos nuevos. Ya es mucho que las armas no se hayan movido para que el caudillaje venezolano malogre o retarde la creación de la nueva Venezuela. Esperemos, pero no cruzados de brazos, que esa es la actitud del vencido, sino activos y vuelto el corazón y el pensamiento hacia ese pueblo que pugna por acabar con el régimen. Y la batalla contra un régimen de décadas es dura y necesita mucho apoyo. Demos a Venezuela nuestro apoyo.

Emoción artística y emoción religiosa

Por ENRIQUE L. MARSHALL

= Envío de *Ernesto Boero Lillo*. Santiago de Chile =

Mucho se ha insistido sobre el origen religioso de ciertas formas del arte, principalmente del teatro. En las fiestas religiosas los actos más solemnes de la vida de los pueblos primitivos, participaban todos los elementos de que podía disponer una sociedad de cultura incipiente para fascinar a los espectadores, y esos elementos, o eran específicamente artísticos, o resultaban tales por la forma y las circunstancias en que actuaban.

La liturgia, con su significación simbólica, es una forma del arte. Los actos del culto son símbolos o representaciones. La emoción de los fieles, emoción religiosa, se confunde con la emoción artística. El arte dramático nos provoca por medios artificiales una ilusión, y la ilusión nos hace experimentar emociones análogas a las que la vida, realizada en forma idéntica, habría provocado en nosotros. Estas emociones embellecen nuestra vida interior. Los fieles que siguen al sacerdote en su peregrinación a lo largo de las naves del templo, y se detienen frente a cada una de las imágenes de la "Pasión del Señor", y oyen de labios del sacerdote la narración de los hechos cuyo momento culminante representa el cuadro, y rezan con devoto fervor, evocan así la pasión y muerte de Jesús, y sienten, lo mismo que en el teatro, como si fuesen testigos de los hechos a que la Vía Crucis se refiere; asisten a una evocación de ciertas escenas que vale por una representación dramática. La marcha lenta, de estampa en estampa, les evoca el camino del Calvario; la contemplación de los cuadros, acompañada de la lectura del comentario por el sacerdote, les produce la ilusión de la presencia real de las escenas contempladas; la participación activa por medio de las oraciones hace más honda la emoción y más vivo el ensueño. Como en los momentos patéticos de una pieza dramática, no es raro ver brotar lágrimas de los ojos de los creyentes. Los incrédulos podrían experimentar las mismas emociones si, dominados por el aparato litúrgico, hicieran volver sus almas a la infancia y soñaran la pasión de Jesucristo, contemplando los cuadros de la Vía Crucis, vivificados por el comentario del sacerdote y por la actitud contrita de los fieles. Para ellos las emociones tendrían más carácter artístico que religioso, pero en los creyentes y en los incrédulos los elementos religiosos y los artísticos son inseparables. Para el creyente se trataría de la emoción religiosa provocada por medios estéticos, y para el incrédulo de la emoción estética alcanzada por medios religiosos. Así se funden la religión y el arte en el culto divino.

En el sacrificio de la misa vemos de nuevo a la religión y al arte en estrecho enlace. La misa tiene todos los caracteres de una pieza dramática. El creyente asiste a la transubstanciación y a la muerte de Cristo. El profano interpreta la escena desarrollada en el altar entre el sacerdote y el acólito como una representación simbólica. La emoción del creyente es de carácter religioso, pero es provocada en parte por los actos litúrgicos accesibles a los sentidos, por las palabras del sacerdote en el diálogo sacro, y estas circunstancias le dan un matiz artístico. La emoción del incrédulo, si llega a experimentar la ilusión de que el símbolo se realiza, es una emoción artística provocada por una ceremonia religiosa.

La transubstanciación es una negación rotunda del principio de contradicción y del saber positivo. La razón, la ciencia, no podrán aceptar jamás como verdad dentro de sus dominios la producción real de este fenómeno, afirmada dogmáticamente, por la teología católica. El sabio, si es creyente, puede aceptarla en un campo separado, extraño a sus lucubraciones habituales, sin pretender ponerla de acuerdo con ellas. Para el artista, dentro de los límites del concepto del arte, no hay en la transubstanciación nada de que pueda extrañarse. En el arte el fenómeno de la transubstanciación es corriente; mejor dicho, toda obra de arte es en sí misma el producto de una transubstanciación. El arte, como la religión, armoniza los contrarios y crea, más allá de ellos, un concierto fundado, no en la voluntad de creer, sino en la realización de la belleza.

Consideremos los relieves de los respaldos del coro de la catedral de Toledo, principalmente el que representa a Job, prodigio de expresión. Esos relieves traducen con vigor el pensamiento y la emoción de Alonso Berruguete, espíritu turbulento, impetuoso, inquieto. Son figuras, muchas de ellas, con actitudes físicamente inverosímiles. Cada una vale por un poema en que el dinamismo ha reemplazado la placidez estática de las formas. Comparemos los relieves con los trozos de madera que sirvieron al escultor para grabar las creaciones de su mente febril. La materia es la misma, no ha habido transubstanciación química, pero se ha incorporado

con el relieve un elemento nuevo, algo que no existía en el madero, y nadie, desde un punto de vista humano, puede considerarlo como un simple trozo de madera. El relieve pudo ser igualmente hecho en mármol, en yeso, en arcilla, en bronce; la realidad ideal, de la creación del escultor habría permanecido idéntica. Si reproducimos los relieves una y otra vez la creación permanece siempre una. El pensamiento humano adquiere realidad fuera de la mente que lo concibe, toma cuerpo material, y da a la materia que le sirve de morada, desde un punto de vista humano, una substancialidad diversa de la que tenía, y este fenómeno tiene caracteres más sorprendentes, nos produce una impresión más honda, cuando la idea que así adquiere realidad externa es, bajo cualquiera forma, la idea de belleza. La transubstanciación es la conversión total de una substancia en otra. Desde un punto de vista humano, cuando el artista realiza su pensamiento, hay conversión total de la substancia del material en la creación artística que tiene realidad independiente de la materia en que se incorpora. Puede incorporarse a uno u otro material, repetirse hasta lo infinito, la creación sigue siempre una misma, substancialmente ideal. El concepto del Dios-Hombre y la transubstanciación no son sino la atribución a Dios, en forma imperceptible para nosotros, del fenómeno más misterioso de nuestra vida consciente, la creación y en particular la creación artística. En ambos casos, en el teológico y en el artístico, se trata de la incorporación de una realidad ideal a la calidad material. Aunque se hable en el concepto teológico de la transformación de pan y del vino en algo también material, el cuerpo y la sangre de Cristo, no pierde por eso el objeto que ha sufrido la transubstanciación, el pan y el vino, su apariencia tal. Si no se puede establecer una concordancia perfecta entre transubstanciación teológica y creación artística—porque la rigidez del concepto teológico tal vez no lo permite—queda en todo caso establecida la evidente analogía entre ambos conceptos.

Lo dicho se refiere a la explicación artística de las emociones religiosas y, si se quiere, a la explicación por medio de conceptos propios del arte de conceptos teológicos como los de la encarnación y de la transubstanciación, enunciados sólo a manera de ejemplos. Igual procedimiento se podría aplicar a otros, como el concepto racional pero no estéticamente contradictorio de la Virgen-Madre.

Miremos ahora hacia el lado del arte. Cuando se estudia la historia de las artes plásticas, se nota que los temas religiosos contituyen su más rica fuente de inspiración. En música y en literatura los temas religiosos son los más elevados. No hay para qué fatigar el espíritu con una vana enumeración de casos; presentes están en la memoria de todos las grandes creaciones artísticas de la antigüedad y de los tiempos modernos. El arte es pagano, panteísta o cristiano; no es nunca propiamente profano. Los temas profanos interpretados en forma artística adquieren, en virtud de la interpretación, una tonalidad que cuando no es cristiana, a nosotros, habituados sólo a la religiosidad del cristianismo, nos produce la impresión de lo profano, y es en verdad o pagana o panteísta. Analizando el curioso fenómeno de la comunión entre el artista y el lector, auditor o contemplador, vemos que se realiza por medio de la obra de arte, materia iluminada por la belleza, materia transubstanciada por el misterioso poder creador del artista, ante la cual el espectador se siente poseído por la belleza. Tratándose de arte puro el artista y el contemplador hacen abstracción de la materia; sólo, piensan en la realidad ideal incorporada a la materia por el acto de la creación. Esta posesión por la belleza del alma de los que contemplan la obra de arte, realidad ideal encerrada en vaso material, es siempre, como el acto creador del artista, un estado religioso en la mente del poseído, análogo al que experimenta el cristiano cuando recibe el sacramento de la comunión. De nuevo queda establecida una relación entre un sacramento, algo contrarracional, teológico, y los misterios del arte.

Pablo Verlaine nos revela en el "Arte Poético" su concepto religioso de la poesía:

....

Sea tu canto cosa que suba
desde tu alma que de otros cielos
y otros amores camina en busca.

Tu canto sea la profecía
que va extendiendo la brisa húmeda
por la mañana sobre los campos...

....

Los primeros versos revelan el carácter místico de la emoción creadora; los últimos, la emoción producida en las almas de los lectores.

Mientras más elevada es una forma del arte más ostensible es en ella el carácter religioso. Toda creación artística es, por el doble proceso emocional del artista y de los espectadores, forma mística. El artista es el sacerdote; la obra de arte, la eucaristía; la contemplación arrobada de los espectadores es la comunión de los fieles. La belleza se hace carne, se humaniza.

La emociones religiosas son provocadas principalmente por medios artísticos. Las emociones artísticas son en el fondo emociones religiosas. La religión, igual que el arte, es ante todo sentimiento. Tal es el estrecho enlace entre la religión y el arte. Los teólogos han vertido el contenido emocional y volitivo de la religión—sus dos preceptos fundamentales son dos mandatos de amor—a categorías lógicas. La religión como realidad emocional y volitiva, el sentimiento religioso como director de la vida espiritual, existen antes que la teología. Los filósofos, los tratadistas de estética, han vertido a conceptos lógicos el contenido emocional del arte, pero éste existe antes de la estética. La riqueza emocional y la aptitud de expresión originan la potencia creadora. El sentimiento de la belleza origina igualmente al espectador comprensivo. ¿No se podría pensar en establecer, por un análisis de las emociones artísticas y de la vida mística, y por un estudio objetivo, histórico, de los elementos estéticos del culto y de los elementos místicos del contenido emocional del arte, una relación entre la religión y el arte? Así como en otro tiempo fué creada una disciplina intermediaria entre la filosofía y la religión que establece entre ambas un enlace lógico ¿no podría crearse una disciplina intermediaria entre la religión y el arte que enlazara psicológicamente, por el estudio comparado de las emociones y del contenido religioso del arte y estético de la religión, la religión y el arte?

Al enunciar estas posibilidades no hago más que dejarme llevar por dos tendencias inherentes a la inteligencia humana: la necesidad de comprender que sólo se satisface intentando establecer nuevas relaciones entre las cosas, y la necesidad de reducir lo múltiple a la unidad. Es así cómo el espíritu llega a ciertos conceptos límites, más allá de los cuales sólo encuentra el vacío... Olvidemos empero las limitaciones de nuestra inteligencia y sigamos la corriente de nuestros impulsos: los hombres somos, querámoslo o no, perpetuos hacedores de hipótesis.

Antífona del amor inmutable

= *Envío de la autora.* San Salvador, El Salvador. =

Siempre habré de quererte como ahora:
con este amor de luces blancas...
¡Fuego de sol que me calienta el pecho
y no levanta llama!

Con esta misma música recóndita,
tan profunda y tan vaga
como el rumor inmenso que recoge
el caracol de nácar.

Con el íntimo verso que revienta
en sencillas palabras,
y queriendo expresar todo lo bello
casi no dice nada.

Con el goce callado de sentirte
en la raíz del alma:
savia celeste que mi anhelo yergue
hasta las nubes altas.

Con el ensueño renovado y fresco,
y esta ternura clara
que apenas cuaja en la caricia leve
como el roce de un ala...

...Siempre habré de quererte como ahora,
aunque después me vaya
errante y sola, con el llanto mudo,
y la emoción ahogada.

He de llevar en el oído fino
tu suave voz lejana,
y en el pequeño corazón rebelde
tu misteriosa marca.

Porque me amarra a ti nudo de siglos,
y saltando distancias
fuí persiguiendo en encontrados rumbos
la huella de tu planta.

Porque llegué de la negrura densa:
una sombra agachada...
y en tus brazos de amparo se encendía
el resplandor del alba.

Porque el sollozo, retorcido y hondo,
colmando mi garganta,
soltó en la cuenca de tu mano tibia
su amargura salada.

Porque anclé mi inquietud en el remanso
de tu pureza intacta,
y meció tu silencio transparente
mi vela desgarrada.

Porque encontraste la verdad oculta
bajo mi forma vana.
¡Y el mismo Dios, con su pupila eterna,
me mira en tu mirada!...

Claudia Lars

Derechos y deberes de las naciones

Por JOSE PIJOAN

= *Envío del autor.* Madrid, mayo de 1936. =



Habeas corpus et habeas anima

Madera de *Emilia Prieto*

El siglo XVIII formuló en catecismo revolucionario los derechos del hombre. El siglo XIX proclamó los derechos de las naciones. Ellos eran: derecho a ser libres; una nación no debía esclavizar a otra. Derecho a hablar su lengua, expresión de su alma. Derecho a regirse por leyes que codificaran sus costumbres, a practicar la religión que más se acomodara a su carácter... ¡Derechos, derechos, derechos! Algo romántico y hasta cierto punto justo. Lo que ya no era justo es que se hablara de derechos sin reconocer deberes. Porque toda jurisprudencia implica deberes con derechos, tanto si se trata de individuos como de naciones.

Pero en la hora romántica del siglo XIX, cuando hizo furor la llamada teoría de las nacionalidades, nadie se preocupaba de deberes, ni para las personas ni para los pueblos. Las naciones eran naciones por la gracia de Dios y no tenían que rendir cuentas a nadie más que a la Divina Providencial. Además, si en algunos casos era muy fácil decir qué era una nación, en otros era muy difícil asegurar que un grupo social era nación y dónde empezaba y acababa. Se hablaba de naciones esclavas: Irlanda, Hungría, Cataluña, Euskadi; de naciones crucificadas —esta era la palabra empleada para Polonia—; de naciones martirizadas, "masacradas", como Armenia; de naciones decapitadas, mutiladas, descuartizadas: Noruega, Finlandia, Lituania, Ucrania. El mundo, ¡qué horror!, estaba lleno de víctimas del crimen de lesa humanidad; naciones que habían perdido sus derechos civiles por atropello de un más fuerte.

Con propaganda poética y revolución, los nacionalistas sentimentales consiguieron libertar a muchas naciones atropelladas. Algunas, como Noruega, Irlanda, Hungría, ganaron independencia sin ayuda; otras se beneficiaron de los Tratados después de la guerra, y hoy son naciones con todas las de la ley, que no se portan mal en el concurso del mundo. Muchos problemas nacionalistas son ya Historia; los podemos analizar sin pasón; otros, en cambio, son peligrosos por la irritación que producen en los oprimidos cuando se pone el dedo en la llaga.

Examinando el caso de los ya libertados, se puede observar que naciones como Polonia tenían que pasar necesariamente por su calvario. De haber quedado libres con su anacrónica aristocracia hubieran causado daños incontables a sí mismas y al resto del mundo. Lo mismo podía decirse de Irlanda, pobre y dividida. Servidumbre y castigo son revulsivos que ayudan a formar el carácter. Es tratamiento algo salvaje, como la educación de los individuos a palmetazos; pero a mediados del siglo pasado no se conocía otro mejor, ni para hombres ni para naciones.

Siguiendo un proceso lógico, Mazzini lanzó el nuevo catecismo de los deberes del hombre. No ya derechos... ¡Deberes, deberes, deberes! Obsérvese que era al mismo tiempo que se empezaba a hablar de derechos de naciones; la jurisprudencia de las naciones va, pues, un siglo más retrasada que la de los individuos. Pero estamos descubriéndola. Del mismo modo que la libertad individual está limitada por el no hacer daño al prójimo, las naciones, dentro de casa tendrán un límite, por lo menos, a su soberanía; el máximo de su independencia será que con ella no dañen a las vecinas. Ahora reconocemos la justicia de estas limitaciones en la propiedad individual; en muchos pueblos se obliga al propietario a limpiar la tierra de cizaña para que las semillas de la mala hierba llevadas por el viento no arraiguen en los sembrados lindantes.

Otro deber de las naciones es participar en mejoras de utilidad común. No puede tolerarse que una nación bloquee el paso de una carretera pancontinental por pereza o recelo de ser disminuida su soberanía.

¿No imponemos servidumbre de paso para agua, gas y electricidad entre predios de una misma nación?... Pues es evidente que igualmente las naciones tienen el deber de conformarse con servidumbres de carácter civilizador. Es duro para la nación que tenga que hacer un canal...; pero si no lo hace ella lo harán las vecinas.

Es evidente también que las naciones tienen responsabilidades de tutela que no pueden eludir. Si el Piamonte hubiera renunciado a su posición de jefe de la familia de los pequeños Estados italianos, se hubiera perdido él y hubiera perdido Italia. El Piamonte, para este servicio, tuvo que hacer grandes renuncias; tuvo que renunciar hasta a su lengua. Es emocionante, al leer los discursos de Cavour, encontrarse que a veces se olvida de hablar italiano, y se le escapan frases en su lengua materna, el francés; pero se corrige en seguida, y continúa su discurso en la lengua que iba a ser la del reino de Italia... En cambio, ¿por qué cayó el Austria hasta su abyección presente? Por no haber querido aceptar su imperial herencia, poniéndose a la cabeza de todos los pueblos germánicos. Faltó a sus deberes de tutela y recibió el justo castigo. No fué Prusia quien la suplantó, fué Austria quien abdicó de su hegemonía.

Otro deber de las naciones es hoy solidarizarse a la obra del progreso. Hay naciones abstencionistas, prófugas, apóstatas de la civilización. Estas naciones son como aquellos individuos que dicen que preferirían vivir igual que Robinsones o Adán y Eva. Pero tanto las naciones retardarias como los individuos reaccionarios se aprovechan todo lo que pueden del esfuerzo de sus hermanos, haciendo alarde de no necesitarlo. Por nada del mundo renunciarían a la mitad de los beneficios de nuestra cultura. Quieren gozar de los adelantos sin pagar por ellos: ser parásitos, con derechos sin deberes. La inmoralidad de esta posición ya nadie la defiende tratándose de individuos. En ninguna nación se permitiría que un ciudadano aceptara sólo en parte las obligaciones que le impone la mayoría. Nadie consideraría justo que un ciudadano quisiera pagar la mitad de sus contribuciones porque sólo va a utilizar la mitad de los servicios. Igualmente inmoral e injusto es que naciones quieran aprovecharse de ferrocarriles, aviación, telegrafía sin hilos (¡aun pagándolos!) y mantengan en todo lo demás un régimen prehistórico con un emperador seguido de leones, tribus con pies descalzos y reyezuelos sin más código que su omnímoda voluntad.

Así—además de los Tratados o arreglos bilaterales que puedan pactar unas con otras,—las naciones están hoy sujetas a una nueva jurisprudencia no formulada todavía, pero escrita ya en el corazón del hombre, que por

lo menos obliga a tres grupos de deberes:

Primero. Deberes vecinales. Mantener un mínimo de higiene y educación para que la ponzoña de sus ciudadanos no dañe a los colindantes.

Segundo. Deberes continentales. Facilitar comprensión y contacto entre naciones de un mismo grupo. No borrar el paso ni obstruir con celos. Aceptar el lugar en la jerarquía de un grupo de naciones, y si es necesario, el mandato o tutela sobre las menores.

Tercero. Deberes humanitarios. Cooperar al idealismo del progreso (aunque fuera equivocado, que no lo es). No retener riquezas naturales con la excusa de que son reservas para el futuro (probablemente dentro de veinte años no necesitaremos carbón ni fuerza hidráulica). Asociarse al esfuerzo de la mayoría sin prejuicios. Frialdad en la acción colectiva de la humanidad se paga o se pagará con disminución de soberanía o deposición. Cada día habrá más naciones "intervenidas", aunque ellas no se den cuenta y crean que sufren sólo penetración económica. ¡Quien tenga oídos, que escuche!

Un maestro de la...

(*Viene de la pág. 40*)

mental de primer orden para juzgar de sus cualidades como crítico y pensador. Su filosofía era más bien polémica que investigación de la verdad. Sufría con cierta complacencia morbosa del apetito desordenado de tener razón a todo trance. Esta es la actitud mental opuesta a la del hombre de ciencia y por definición a la labor del crítico. El hombre de ciencia investiga, experimenta, acumula hechos y con frecuencia no se atreve a formular conclusiones. El crítico trata de comprender y de explicar, con el espíritu abierto a todas horas a las fruiciones de la rectificación. Chesterton fué polemista de inclinación y de experiencia. En el aire caldeado y enrarecido de la controversia, su espíritu sentía los placeres de la vida plena, simultánea y completa. Su estudio sobre Bryon y las páginas admirativas ante la obra refinada sin afectación, pura como arte, casta como reflejo de la vida, que deben a Roberto Luis Stevenson los amantes de la literatura incontaminada, arrancan de una violenta necesidad de lucha, de polémica intensa y de contradicción. En Bryon estudia los orígenes de su vida y de su obra para contradecir a quienes admiran o analizan complacientemente su pesimismo, y habla de Stevenson ocasionalmente para impugnar a uno de sus editores que pretende descubrir en las obras del insuperado prosista las huellas de un concepto desolado sobre el objeto y el curso de la vida humana. Como algunos foliculares faltos de tema, Chesterton inventa adversarios para librarles combate y descubre ideas nefastas para darse el placer de aniquilarlas.

Fué prosista de altas dotes. Los amantes de la frase graciosa, de contornos inesperadamente seductores, aguardaban en Londres con impaciencia el día de la semana señalado en el calendario de los literatos con el artículo de Chesterton en el "Daily News". Sus polémicas orales sobre temas por lo común extravagantes, no atraían a las multitudes, pero recibían el aplauso ponderado y discreto de las mejores inteligencias. La fascinación de su estilo arrancaba de que en él aparecían verdades obvias ataviadas con el manto vistoso de la paradoja. Su espíritu se complacía en hallar contrastes allí donde las inteligencias ordinarias percibían tan sólo fáciles, triviales y expeditas analogías. Le han tenido por grande humorista. Bien analizadas, las formas de su pensamiento rechazan ese calificativo, porque el buen humor, el grande humor, cuyo análisis nos legara Hoeffding, no se apoya ni en la palabra ni en la forma de la frase, sino en el concepto. Los contrastes verbales inesperados y la gracia de las frases no caen dentro de la severa jurisdicción del humor verdadero. Pueden ser graciosos como retruécano y en ocasiones cautivan con el modesto nombre de chiste o rasgo de ingenio. Sería, sin embargo, inexacto atribuirle a escritor de tan bellas dotes como Chesterton el cultivo del chiste por el chiste y hacerle responsable de retruécanos pensados o molificados en lentas horas de maceración literaria.

La forma de sus paradojas era casi de su propia invención y quedaba muy lejos del juego de palabras. Ejemplos: "Sabíamos por el señor Jorge Moore que Stevenson tenía la primera de las condiciones esenciales de un gran hombre, la de no ser rectamente comprendido por sus antagonistas, pero el señor Baildon nos enseña que Stevenson tiene la otra condición esencial, es, a saber, la de no ser entendido por sus admiradores". Acerca del ingenio, dice: "Puede resultar, en verdad, más fácil ser chistoso que tener realmente imaginación en su significado más atrevido y más durable; pero es inmensamente más fácil pretender que se tiene imaginación que pretender que se tiene chiste". Es transparente el ardid del procedimiento: hacer resaltar primero la analogía para que en seguida resulte más estrepitoso el contraste.

El uso inmoderado de estos recursos vicia la atmósfera del pensamiento, y acaba por convertirse en manera retórica insoportable. Se puede tolerar el sistema en artículos de periódico para leer uno cada siete días; prodigado en las páginas de una obra de aliento como el estudio crítico y biográfico sobre Dickens requiere del lector curiosidad y paciencia excepcionales para llegar a las últimas páginas.

Deja una obra extensa en casi todos los géneros literarios: novelas, crónicas de sucesos diarios, biografías, crítica, historia, polémica religiosa, versos. En todos sus libros corre una vena sana de convicción que cautiva sin comunicarse. Es autor amenísimo, que entretiene pero no convence. Por la idea había cristalizado en una época ya un tanto remota de la que vivimos; por la forma todavía fijaba la atención de las gentes, porque el mundo de las formas se modifica más lentamente que el de las ideas. Cazamán, erudito francés para quien la literatura inglesa guarda pocos secretos, termina con estas palabras de imparcialidad y penetración recomendables su estudio de la persona y la obra de Chesterton:

"No sometió la espontaneidad de su inspiración al control de un escrúpulo artístico azas exigente. La calidad de sus improvisaciones es muy desigual, y aunque su personalidad tenga un valor de signo, hay pocos de sus escritos que no lleven la marca de lo efímero".

Apóstrofe al Hombre

Al reflexionar que el mundo está listo para ir de nuevo a la guerra

= Versión del inglés y envío de *Pío Bolaños* =

Raza odiosa, continúa destruyéndote tú misma,
muere.
Crece rápida, amontona, usurpa, canta himnos,
construye aviones mortíferos;
Pedora, descubre estatuas, emite bonos,
revisa tropas;
Convierte otra vez en explosivos la amenia aturdidora
y la enloquecedora celulosa;
Convierte de nuevo en materia putrefacta de gusanos
Los cuerpos juveniles plenos de esperanzas; exhorta;
Implora, refleja el pánico en la faz, la angustia; pero vence,
fotografíate;
Investiga, perfecciona tu fórmula, comercia con
la dañina bacteria al tejido humano,
Pon la muerte en el mercado;
Crece rápida, amontona, dilata, usurpa, destrúyete tú misma,
muere,
Homo, llamado **sapiens.**

Edna St. Vincent Millay

En torno a una nueva teoría estética

Por ANTONIO MONTALVO

= Envío del autor. Quito, Ecuador. Junio de 1936 =

Los artistas y escritores, los teóricos y retóricos burgueses empeñados en mantener, testarudamente, el tradicionalismo de una cultura que se derrumba por sus bases, no quieren convencerse todavía, a pesar de su irrecusable existencia, de que, como una consecuencia histórica, natural y forzosa, de los escombros mismos de la cultura que se liquida, otra se levanta transformando a su empuje—por hallarse también cambiando sus fundamentos básicos— toda la superestructura, en la que caben íntegras las actividades del músculo y de la inteligencia. Por esto, tampoco quieren enterarse, o, por lo menos, aparentan no darse cuenta, de las múltiples manifestaciones que el crecimiento de esta nueva cultura comporta, y la niegan, contentándose con pregonar ubicuamente, eso sí, que ha caído sobre el mundo y la vida de los hombres y su civilización, una crisis totalitaria que abarca íntegramente el campo de la actividad humana que va de la filosofía a la política, y de la economía al arte, crisis que no aciertan a conjurarla, porque ella no es sino la crisis del sistema capitalista, llegado al clímax de su descomposición irremediable y proyectada, por fuerza, en su propia producción cultural.

Es a esta intencionada actitud de los cultores reaccionarios que se suma la actitud—nociva en fin por el confusionismo que provoca— de los pseudo-teóricos de la revolución, sembrando entre ambas el anarquismo en las ideas y la acción de la vanguardia llamada a guiar el movimiento transformador y constructor de la nueva cultura.

En lo que, especialmente, al arte respecta, se ha creído que con llenar de sucedáneas de ideas los vacíos que deja la falta de directrices filosóficas para la interpretación y creación del arte nuevo, se cumple la misión cultural a que están obligadas las generaciones contemporáneas. En verdad, no hace falta confirmar la escisión de la cultura, ni, por consiguiente, insistir en la veracidad del movimiento revolucionario, enarbolando la roja palabra —¡revolución!— terror de la reacción, hasta descolorirla de su auténtico sentido, en cuanto documento literario y artístico se produce por cierto elemento entusiasta que, de veras, en vez de aportar luz a la explicación y realización del arte, contribuyen más bien a obscurecer su confusionismo conceptual.

Un libro orientador y clarificador de ideas y actividad estéticas viene oportunamente a servir de guía al movimiento intelectual renovador. Es este del argentino Elías Castelnuovo: "El Arte y las Masas".

Hasta ahora, los sectores de avanzada de la literatura americana han tenido y seguirán teniendo la obra de Jorge Plejanov, "El Arte y la Vida Social", por las verdades científicas que contiene, como el mejor catecismo estético en el que se pueda hallar las razones teóricas que respaldan, en la práctica, la acción intelectual. Al lado de este libro hay que colocar el de Castelnuovo.

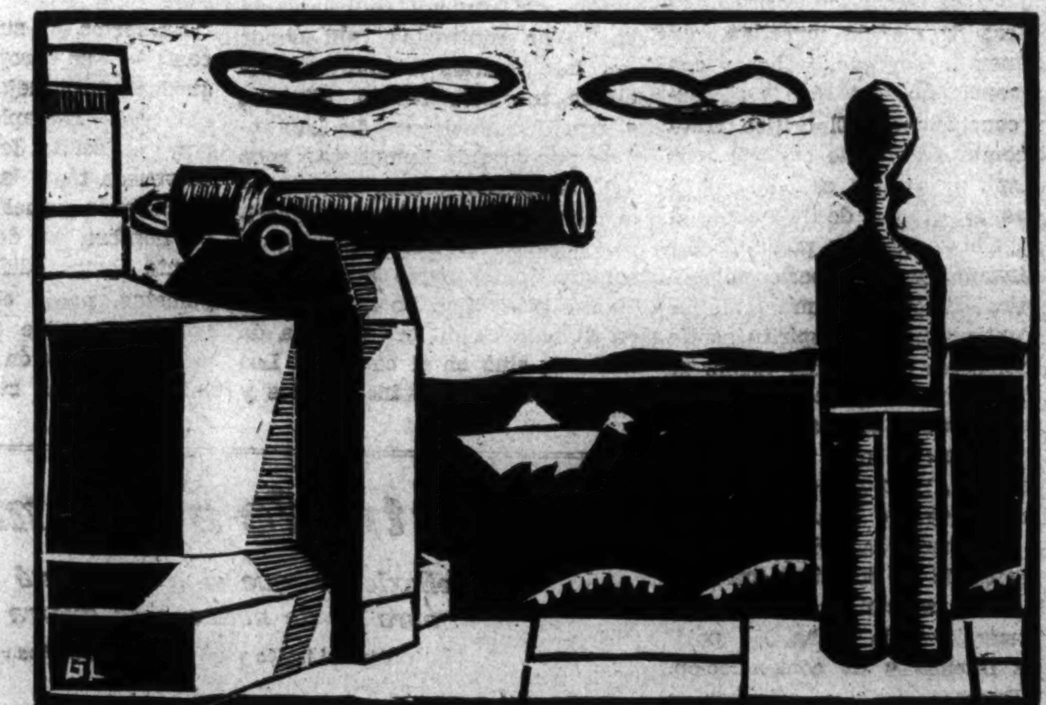
Como Plejanov, el escritor argentino—quien en el proceso de su evolución estética pudo saltar la gran laguna del nihilismo literario americano formada por la afluencia torrentosa de todos los ismos, y en la que se ha visto naufragar a tanto valioso elemento—y que, salvándose por esto, ha podido encarar el problema del arte con un sentido materialista de la historia y de la realidad, y, usando análogamente, como el escritor ruso, el método dialéctico de investigación, nos da en su obra "El Arte y las Masas" un haz de soluciones que determinan filosóficamente los diferentes aspectos de la nueva teoría del arte.

No es, por supuesto, esta obra, ni queremos sugerirlo menos, el cuerpo desprendido de un sistema filosófico, de una doctrina acabada; pero ella constituye un todo orgánico que comprende los principios del gran problema del arte, detallado en las diversas formas de su contemplación, análisis y solución dialécticos.

El blanco mayor de su crítica lo forma Tolstoi, es decir, su teoría estética consignada en su obra "¿Qué es el Arte?", elección que no sorprende si se toma en cuenta que el gran escritor ruso, con toda la genialidad de su talento, con el conmovedor ejemplo de su vida sacrificada y evangélica, pudo, de no traicionarle el sentido falso, místico y metafísico que le daba a la historia, a la vida y a la realidad —"soy sencillamente un anarquista cristiano —decía— aborrezco tanto a la autocracia como al socialismo... sólo hay un libro cuyos preceptos podría hacer la felicidad de todos los pueblos, y este libro es el Evangelio..."—legar una obra de alcances perdurables, si en vez de insuflar sus doctrinas estéticas del alma vaporosa del evangelio, las hubiera estructurado con las aceradas verdades de la filosofía materialista. Pues, él, rico y aristócrata converso, idealista en esencia, creía en la felicidad humana nacida de la fe celeste, error que le llevó a esterilizar sus principios artísticos, como estériles fueron el desprendimiento de su riqueza, su apostólica vida y su renunciación del mundo.

Pero, si para Castelnuovo, las Teorías de Tolstoi, son las representativas de los errores creados por los estetas burgueses, errores que han retrasado con siglos la evolución de la cultura, privilegio de una casta determinada, sus objeciones críticas se remontan mucho más lejos, hasta Baungarten, el fundador de la estética, y pasan a través de Kant, Cousin, Fitche, Taine, Peladán, Hegel, Zola, Guyau, cuyos culminantes puntos teóricos del arte, sustentados como toda la producción cultural de la burguesía en ideas religiosas, abstractas, son impugnadas en lo que tienen de negativo, de contrario a la realidad de la historia y de la vida y de la naturaleza, en donde se incuba el arte y de donde, también, los artistas, toman sus elementos de creación y de expresión.

Así analizada la inutilidad histórica del arte y de las teorías estéticas burguesas, Castelnuovo, empleando la metodología dialéctica y apoyado siempre en los principios cardinales del marxismo, sienta sus afirmaciones teóricas, afrontando mediante una objetivación discriminada, el problema del arte en función social, que es su función inequívoca y específica, y dilucidando el complejo de sus variantes hasta presentarlo como un todo real y objetivo, enraizado en su terreno de origen, que es el terreno de la naturaleza y las relaciones sociales, y del materialismo dialéctico, único motor éste capaz de empujar la historia, la actividad social y la cultura hacia su culminación máxima y de conducir, al mismo tiempo, a la humanidad a la consecución de su felicidad material y espiritual.



Intelectual asoleando las ideas

Madera de *Laporte*

Las tesis sustentadas por Elías Castelnuovo, comprenden, pues, los tópicos esenciales a que obliga la concepción materialista de la vida, los mismos que arraigan, inevitablemente, en el estudio de las formas de producción y de cambio, determinadoras, en general, de los fenómenos económicos, político, social e intelectual de la existencia. Razón por la que dichas tesis tengan que afrontar, por un lado, el análisis de la división actual de la cultura, derivada de la división de clases, y, por otro, el concreto planteamiento de las ideas que deban regir, en la transformación del orden actual, la concepción y creación del arte.

Confirmar con el mismo proceso la historia lo que hasta hoy ha sido la producción

intelectual (y aquí está incluído todo lo relativo al arte, ya que nada se realiza con abstracción de la inteligencia) burguesa para la humanidad, confirmar su negación, la negación de su poder expresivo y comunicativo, es decir de exclusivismo absoluto; comprender, también, los alcances del arte y la cultura futuros, el beneficio que comportará su desarrollo para la sociedad sin clases, esto es lo que importa, y esto es lo que Castelnuovo, en su libro, en un desmenuzamiento minucioso ha consignado, con un vigoroso sentido crítico y realista —del realismo histórico y del realismo—social—que le permite dar una visión concreta e integral del arte y sus ramificaciones, conectado, o enraizado mejor, en sus verdaderas fuentes nutricias, que no son otras que la naturaleza y el hombre social, el hombre social ejecutor del trabajo y dominador de la naturaleza; el hombre social creador de la riqueza, creador de la economía, ciencia que rige la producción y el intercambio, ciencia material que enlaza y estrecha las relaciones humanas, cuya alma es el trabajo, fantasma de la secta romántica y de la bohemia, que producían, intelectualmente, por inspiraciones metafísicas y que alimentaban sus hambres y sedes fisiológicas con pan y leche celestiales; del hombre social, además, que al crear la riqueza con el trabajo crea y perfecciona la técnica y la cultura y que es capaz, al empuje de su fuerza, de transformar el universo y de hacer accesible su dominio a la humanidad entera.

Si el libro de Plejanov, volvemos a decir, encierra los puntos máximos y esenciales de las teorías estéticas que deben orientar el camino del arte contemporáneo, "El Arte y las Masas" de Castelnuovo, los desarrolla ampliamente y con claridad deslumbradora, consiguiendo hacer de él, gracias a su penetración dialéctica, un manual rico de conclusiones teóricas, al que necesariamente tienen que recurrir todas las generaciones intelectuales que en América y fuera de ella, se interesan por la transformación de la cultura.

Poesías inglesas

= Traducción y envío de *Max Henríquez Ureña*. Londres, 1936 =

Natalicio

(De *Cristina Rosetti*.)

Mi corazón es pájaro canoro
que en un botón de rosa hizo su nido;
es un manzano cuyo tronco erguido
brinda a la tierra su frutal tesoro.

Mi corazón es concha nacarada
que en el plácido mar flota y se mece;
mi corazón de gozo se estremece...
¡Hoy de mi amor celebro la llegada!

Quiero un dosel de tintes purpurales,
con piel de marta, sedas y plumones.
¡Tallad en él palomas y florones
y también, con cien ojos, pavos reales!

¡Ponedle una guirnalda, entretejida
con uvas de oro y plata, hojas y flores!
¡Hoy vino a mí el amor de los amores!
¡Hoy es el natalicio de mi vida!

Vísperas de primavera

(De *Robert Bridges*.)

Viene la primavera. En los caminos
sopla, del este ennegrecido, el viento
que arrastra sobre el campo gris, sediento,
nieve deshecha y polvo en remolinos.

Calienta los alerces y los pinos
el sol que alumbra un cielo macilento;
cubre el ramaje—verde firmamento
del suelo en flor—tapices peregrinos.

Se ocultan sin abrirse los botones,
y para dar al viento sus canciones
el ave incauta, que su hogar decora
en la rama tremante, sólo espera
que un chubasco del sur anuncie ahora:
"¡Ha llegado la andante primavera!"

Fiebre de mar

(De *John Masefield*.)

Tengo que hacerme de nuevo a la mar, y sólo pido
un barco de altiva prora y una estrella tutelar,
viento cantor, timón firme, velamen estremecido,
y, en una aurora indecisa, niebla gris sobre la mar.

Tengo que hacerme de nuevo a la mar; la ola bravía
me llama imperiosamente con un salvaje clamor;
sólo pido raudas nubes en un borrascoso día,
y el grito de las gaviotas y el salpique azotador.

Tengo que hacerme de nuevo a la mar; y en mi jornada
la ruta de las ballenas y el petrel he de seguir;
iré donde el viento corta como una hoja afilada...
Sólo pido un cuento alegre de un risueño camarada
y, al final, un dulce sueño cuando en paz pueda dormir.

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

El P. Fray Angel Terrazas, O. P., en esta ciudad, nos favorece con un ejpr. de sus:

Paisajes del alma. Prólogo de José Figuer del Valle. Imp. Lehmann. 1936.

Uno de nuestros redactores se ocupará de este librito de poesías en una de las próximas entregas.

Continúa la Editorial ZAPATA, de Manizales, Colombia, su buena labor. Nos manda:

Investigaciones jurídicas sobre baldíos. Por José Mía. Serrano Zúñiga.

El próximo libro de la misma editorial:

Diálogos en otros mundos. Por el Pbro. Dr. Félix Restrepo, S. J.

Señalamos la Editorial PAX, de Santiago de Chile. Nos ha remitido:

Conde Hermann de Keyserling: *El arte de la vida*. Trad. directa del francés por Angel Cruchaga Santa María. 1936. Editorial PAX. Santiago de Chile.

«*No existe ningún problema de la vida, que no necesite del arte para ser resuelto*», dice el Conde Hermann de Keyserling, en su última obra titulada *El arte de la vida*.

Tenemos a la vista un hermoso volumen de la Colección *Vidas y Temas*, que está publicando la Editorial PAX de Santiago de Chile, con la obra inédita en castellano del insigne filósofo alemán, Conde Hermann de Keyserling, titulada *El arte de la vida*.

Se trata de la última producción de este pensador, que abarca, en forma original, uno de los más interesantes problemas de la vida y la cultura humanas, al cual pocas personas estudiosas pueden ser agenas. Nos referimos a la estética en sus relaciones con la existencia del hombre y su influencia sobre el pensar, sentir y actuar de éste. Con criterio modernísimo y con conceptos profundos y amenos a la vez, el filósofo de Darmstadt expone su teoría acerca de como «*el arte es la expresión más alta y la más viviente de la vida*» y por qué «*la vida no puede hacerse buena, bella y feliz, sino sobre el plano del arte*». Ninguna persona que quiera estar al día con el pensamiento artístico y filosófico del presente, debe omitir el conocer esta destacada publicación de la Editorial PAX.

El Sr. V. Alvarez Pina, Presidente del Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo, Rep. Dom., nos remite:

Memoria que presenta al Mayor Gral. José Gracia, M. M., Secretario de Estado de lo Interior, Policía, Guerra y Marina y al Consejo Administrativo del Distrito Nacional el Presidente de dicho Consejo, Sr. Virgilio Alvarez Pina, relativa a las labores realizadas durante el año de 1935. Enero de 1936.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $3.50
El año, $6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Osvaldo Spéngler, poeta de la Historia

Por MANUEL G. MORENTE

= De *El Sol*, Madrid. =

Primero leyó todos los libros y escudriñó todos los parajes del conocimiento: fué matemático y astrónomo, fué físico y químico, fué economista y sociólogo. Luego contempló con fruición todas las obras del arte: escuchó las músicas y miró los cuadros, recitó los versos sublimes con arrobamiento y palpó con embeleso los viejos bordados populares, descifró los intrincados relieves y computó las proporciones de los nobles edificios. Más tarde se propuso revivir todas las vidas de todos los pasados humanos y emprendió el viaje infinito por las historias de los siglos: quiso ser escriba egipcio, y filósofo griego, y procónsul romano, y mandarín chino, y fraile cluniacense, y caudillo "wikingo", y humanista italiano, y marqués versallesco, y cuáquero americano. Por último, se sumergió en la lectura de los filósofos, para buscar en ellos el último secreto, la clave suprema que le ayudase a descubrir el enigma de la irreductible diversidad. Pero como no encontrara la ansiada unidad de lo diferente, la desesperación invadió su ánimo, y entonces resolvió recluírse entre las cuatro paredes de su librería, y allí, a solas con sus ingentes experiencias, fuese apartando poco a poco del mundo, fuese elevando por encima del espacio y del tiempo, contempló la historia humana desde la atalaya de la eternidad y orquestó esa magnífica sinfonía de las culturas que se llama la "Decadencia de Occidente".

La obra de Spéngler es en verdad el último poema sinfónico del romanticismo (estoy seguro de que esta metáfora musical le habría gustado mucho). Su grandeza y su debilidad proceden de una misma raíz: el empeño de comprender la Historia desde fuera de la Historia. Por una parte, Spéngler percibe como nadie lo que en cada fenómeno histórico hay de peculiar, de propio, de único e irreductible. La inmensa riqueza de su erudición, su sentido insobornable de la realidad pretérita, le hacen ver las diversidades del pasado con toda precisión. No consiente asimilaciones superficiales y se complace en subrayar los caracteres diferenciales entre cosas y personas que a espíritus débiles aparecerían quizá como comparables. Mas por otra parte acúciale—como a todos los románticos—el afán de descubrir bajo los distintos hechos históricos una ley de evolución y de desarrollo, una unidad ideal, superior a la Historia efectiva y que confiera a ésta su "sentido trascendente". Entre estas dos propensiones, que furiosamente se combaten en su ánimo, Spéngler no logra encontrar síntesis ninguna. He aquí su tragedia. He aquí la fuente de su grandeza y también de su debilidad.

Niega la unidad de la Historia. Niega la existencia de una Humanidad única, tendida a lo largo de los siglos y distribuída en los ámbitos de la tierra. Niega que haya Historia universal. No la hay, porque no hay un solo tipo humano, sino muchos y totalmente diversos unos de otros. Acumula los más tremendos dicterios sobre los tópicos manidos de Historia humana, Historia universal, evolución rectilínea. En su lugar destaca magistralmente esas diferentes unidades que él llama "culturas" y que constituyen otras tantas realidades históricas separadas, estancadas, ajenas unas a otras, incomprensibles unas para otras. En lugar, pues, de la Historia universal de la Humanidad pone las historias de esas distintas e irreductibles "Humanidades". Pero tan pronto como la tendencia diferencial ha llevado a cabo su labor de pulverización histórica sobreviene en Spéngler el empuje de la tendencia contraria, el afán romántico unitario y constructivo, e inventa entonces esa "morfología" natural de las culturas, que somete las distintas esencias humanas a una ley biológica de desarrollo uniforme, con iguales trámites de nacimiento, juventud, virilidad, senectud y muerte. Así, una vez lograda la atalaya eterna que se cierne sobre el tiempo y la historicidad—la misma que en las filosofías románticas de la Historia—, Spéngler se entrega desenfrenadamente al entusiasmo poético de construír las analogías y homologías históricas. Aquí, el caudal de los temas más diversos se armoniza en magníficos acordes musicales de una grandiosidad sublime. Por encima de los siglos y de los continentes, las formas manifestativas de las distintas "culturas" abrázanse en un conjunto ordenado de significaciones similares. Esas distintas culturas se revelan en desarrollo paralelo y sujetas a ritmos iguales de sucesión y de producción. Surgen entonces las más sorprendentes comparaciones y afinidades. Y ese mundo histórico, que en el primer momento parecía con su abigarrada diversidad radicalmente rebelde a toda explicación inteligible, a toda unidad de "sentido", muéstrase ahora por doquiera regularizado, sujeto a ley, necesaria y fatalmente prescrito por la uniformidad biológica con que cada cultura vive su vida milenaria.

De esta contradicción radical en el pensamiento de Spéngler derívanse las principales causas que han producido el formidable éxito de su obra. Los elementos más diversos han encontrado acomodo en el inmenso poema de la Humanidad histórica. El naturalismo, el irracionalismo, la incomprensible voz de la raza y de la sangre, conviven con la fórmula inteligible de un desarrollo regular, uniforme y cabalmente prescrito. La necesidad fatal se codea con la libre fantasía simbólica. La fe en el destino se abraza con la sumisión apática al fato histórico. Y no hay aspiración o ideal de grupos o de individuos que por algún lado no haya encontrado apoyo y justificación en la selva magnífica de la "morfología de las culturas". Típica producción de nuestro tiempo, la "Decadencia de Occidente" hállase en el límite justo entre dos grandes épocas. Como Jano bifronte, una de sus caras mira al inmediato pasado, manteniendo la firme creencia en una filosofía no histórica de la Historia, mientras la otra cara, orientada hacia el futuro, considera el ser humano como pura y totalmente histórico y bosqueja ya vagamente una concepción radicalmente histórica de la realidad. Pero la "Decadencia de Occidente" se publicó en 1918. Hace diez y ocho años. Hoy trepida rapidísima la vida, y el libro parece ya viejo. Su autor, que ha muerto joven, ha dejado de sí rastro imperecedero. De su persona y de la nuestra no hay para qué hablar.



Oswald Spengler
Dibujo de *Juan Carlos Huergo*

Sacamos esta nota del prólogo del ***Elogio de la Estulticia***, de Erasmo. Tradución directa del latín de Julio Puyol. Edición de la Librería General de Victoriano Suárez. Madrid. 1917.

De la persistente influencia erasmiana en tierras españolas, es buena muestra, querido Julio, un volumen que estos días he recibido: titúlase ***Libros y libreros en el siglo XVI***, y figura entre las publicaciones del Archivo general de los Estados Unidos Mexicanos (México, 1914). Prohibida la lectura de Erasmo por la Inquisición, Erasmo seguía leyéndose, más o menos ocultamente, en nuestras colonias. Alonso de Castilla, mercader en México, poseía en 1564 el ***Enquiridión*** erasmiano. Mandados recoger, en aquella región, por los años de 1586, los libros prohibidos, los comisarios del Santo Oficio hallan que un sujeto lee el ***Enquiridión***, y dos el ***Libro de la oración***, y otros dos los ***Colloquia***, y tres los ***Escolios a San Jerónimo***, y uno el tratado ***De conscribendis epistolis***, y nada menos que diez y ocho poseen los ***Adagia***. Son mercaderes, estudiantes, clérigos, frailes, médicos y hasta oidores. ¡Todos se hallan ***contaminados*** de erasmismo, y harto hacen los inquisidores con limitarse a recogerles los ejemplares!

Adolfo Bonilla y San Martín.
Setiembre de 1916.

Imp. La Tribuna